na mentira inocent

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

Selgas

MADRID.

mprenta que fue de **Operarios**, calle del Factor, num. 9.

à cargo de D. F. R. del Castillo.

1852.

4

CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatros de esta corte, de la propiedad de la Galería titulada:

EL TEATRO.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Amantes de Teruel. (Los)
Amantes de Chinchon. (Los)
Amor á la moda. (Un)
Amor y la moda. (El)
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Anillo del Rey. (El)
Apariencias. (Las)
Al mejor cazador...
Angela.
Amores de la niña. (Los)
Banda de la Condesa. (La)
Baltasara. (La)
Bonito viaje.
Con razon y sin razon.
Conjuracion femenina. (Una)
Cañizares y Guevara.
Creacion ó el Diluvio. (La)
Chal de cachemira. (El)
Chismes, parientes y amigos.
Cosas suyas.
Conspirar con buen éxito.
Como se rompen palabras.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dómine como hay pocos. (Un)

¡Es un Angel!
¡Está loca!!
El 5 de Agosto.
Entre bobos anda el juego.
El Escondido y la Tapada
El ensayo de una ópera. (*Zarzuela.*)
En mangas de camisa.

TITULOS DE LAS OBRAS

Esposa de Sancho el Bravo. (La)

Faltas juveniles.
Flores de D. Juan. (Las)
Fausto. (El)

Gloria del arte. (La)
Guerras civiles. (Las)
Gran Duque. (El)
Gitanilla de Madrid. (La)

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Hiel en copa de oro. (La)
Herencia de un poeta. (La)
Héroe de Bailén. (El) *Loa y Corona poética.*
Historia china.
Indicios vehementes.
Instintos de Alarcon. (Los)

Juan sin tierra.
Juan Sin-Pena.
Juana de Arco.

Lecciones de amor.
Leccion de corte. (Una)
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Licenciado Vidriera. (El)
Lo mejor de los dados!!!
Llueven hijos.
Llave y un sombrero. (Una)

Madre de San Fernando. (La)
Mi mamá.
Misterios de palacio.
Mujer misteriosa. (Una)

UNA MENTIRA INOCENTE.

Comedia original en tres actos y en verso,

POR

D. José Selgas y Carrasco.

Estrenada en el teatro del Príncipe el 25 de Noviembre de 1852.

MADRID:
Imprenta que fue de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, núm. 9.

1852.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA, esposa de D. Fernando.	Doña Josefa Palma.
MARGARITA, hermana de Elena.	Señora Ramos.
FERNANDO.	D. Julian Romea.
MIGUEL.	D. Florencio Romea.
SANTIAGO.	D. Antonio Guzman.
Un criado que no habla.	

La accion pasa en una quinta á cuatro leguas de Madrid: empieza á las nueve de la mañana y concluye á las cuatro de la tarde.

Esta comedia es propiedad de la Galeria titulada, El Teatro, *cuyo dueño perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin su consentimiento.*

EXCMO. SEÑOR CONDE DE SAN LUIS.

A. V. que me honra con su amistad, y me ha distinguido con su proteccion, á V. á quien tanto deben las letras y las artes y á quien yo tengo el placer de debérselo todo, le dedico esta humilde produccion. Todo su mérito consiste en la dulce satisfaccion con que lo hago y en ser mi primer esfuerzo dramático. Confio en poder ofrecer á V. otra obra mas acredora á llevar en su primera página un nombre tan distinguido, y espero que entretanto acepte V. la presente como una ligera muestra de mi gratitud, como una prueba débil de mi respeto y como una prenda sencilla de mi admiracion y de mi afecto.

Su afectísimo y reconocido amigo,

José Selgas.

ACTO PRIMERO.

Sala de una quinta elegantemente amueblada. Una puerta que conduce á los jardines y al interior de la quinta; á los primeros izquierda y derecha al segundo. Dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda. Sobre una mesa una escribanía y un espejo á la izquierda del fondo.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO *y* MARGARITA. (*Al alzarse el telon aparece Fernando sentado cerca de una mesa bebiendo un vaso de agua, y sobre dicha mesa habrá una bandeja con servicio de café. Un criado deja sobre un sofá un sombrero de paja y se retira por el fondo. Margarita en traje de casa llega del jardin con un ramo de flores y una sombrilla la cual dejará al entrar sobre una mesa.*)

MARG. Lleva esquisitos olores
el aire que se respira.
FERN. Vienes del jardin?
MARG. Sí, mira.
FERN. Soberbio ramo de flores!

675480

MARG. Toma... la mas delicada, (*Dándole una flor.*)
la mejor.
FERN. (*Tomándola.*) Cándida rosa!
pero nunca tan hermosa
como mi bella cuñada.
MARG. Cierto?
FERN. Como soy Fernando.
MARG. Donosa galantería!
Si Elena oyera... diria
que me estás enamorando.
FERN. No es fácil que ese temor
pueda quitarle el sosiego.
MARG. Quién sabe!... el amor es ciego,
y te tiene tanto amor!...
FERN. Pero... celos de su hermana!
Qué locura!
MARG. Poco á poco:
ciego es el amor y es loco.
FERN. Bien puede vivir ufana.
MARG. O no.
FERN. Qué quieres decir?
MARG. Que hace tres dias no mas
que llegué...
FERN. Bueno, y dirás...
MARG. Nada.
FERN. Puedes inferir
que su carácter...
MARG. Infiero
que ella vive descontenta.
FERN. Niñerías!... se atormenta
pensando que no la quiero.
MARG. Disculpa tiene su error.
FERN. Ya; pero que considere...
MARG. Es tan jóven... y te quiere
con todo el primer amor?
FERN. El primer amor?
MARG. Cabal.
FERN. Entonces me doy albricias.
MARG. Qué!... tienes otras noticias?
FERN. No; suponia...
MARG. Qué tal?
Celos tú tambien!

FERN. Por qué?
MARG. Por capricho.
FERN. No es así;
antes de quererme á mí
pudo querer...
MARG. No lo sé;
que desde su tierna edad
la llevó en su compañía
á Vitoria, nuestra tia
la Baronesa.
FERN. Es verdad.
MARG. Y hace dos años... aun no,
que ambas á Madrid volvieron,
y un año despues se hicieron
vuestras bodas. No sé yo
(que rabie) si habrá podido,
cosa, que natural creo,
tener algun devaneo
para mí desconocido.
La Baronesa que pasa
por mujer de calidad,
muy galante sociedad
recibió siempre en su casa.
Y en sociedad tan galante
piensa bien, quien imagina,
que al fin para la sobrina
no faltaria un amante.
FREN. Y no estrañes, si sé yo
ya que este asunto se toca...
MARG. Sabes...
FERN. Por su misma boca,
que hubo amante y que le amó.
Amante desconocido
para mí.
MARG. Pues?
FERN. No te asombre,
ni aun le pregunté su nombre.
Me confesó que el olvido
venció con harta arrogancia
aquel amor que nacia,
amor que se confundia
con los juegos de su infancia;

que lo disipó en su pecho
la ausencia... que en Madrid...

MARG. Sí.

FERN. Pudo conocerme á mí...

MARG. Y bien... (*Con ironía.*)

FERN. Yo estoy satisfecho.
Mas, natural me parece,
que á menudo en su memoria
con recuerdos de Vitoria
se fatigue...

MARG. Ya! (Le escuece).
Y tú, Fernando, á la vez
por si acaso, pues, querrás
que no recuerde jamás
los sueños de la niñez.
Pero no te culpo á tí,
que todos somos lo mismo:
amor!... amor!... egoismo,
en el mundo se ama así.

FERN. No es egoismo, es razon,
y mas triviales ó serios,
Margarita, son misterios
del humano corazon.
Ningun recelo me afana
ni de su cariño dudo;
pero me ocurre á menudo
que me casé con tu hermana,
conociéndonos apenas
dos meses, y aunque bien veo
que desde nuestro himeneo
corren las horas serenas:
viendo en ella cada dia,
por mi mas vivo interés,
y ademas un si es no es
de estraña melancolía;
y al ver que no se corrige...
dando en pensar y en pensar...
he venido á sospechar
que algun recuerdo la aflige.
Y no fuera grave error
dar alimento á la idea
de que ese recuerdo sea

el recuerdo de otro amor;
que ella luchando consigo
siempre atenta á su deber,
por vencerlo llega á ser
hasta celosa conmigo.
No te admire si adelanto
el juicio... pero me grita
la esperiencia, Margarita:
he visto en el mundo tanto!
Y es suponer...

MARG. Es hablar
por hablar... Hombres corridos
que en llegando á ser maridos
qué saben?... desconfiar.
Que porque el inmenso acopio
de sus engaños no acabe,
el que mas sabe... no sabe
mas que engañarse á sí propio.

FERN. No abrigo ningun temor;
pero en resúmen... qué quieres?
creo que aman las mujeres
solo en el primer amor.

MARG. Qué mujer no se enamora
muchas veces? bien lo vemos;
todas, Fernando, tenemos
dos ó tres cuartos de hora.

FERN. Ya...

MARG. Con pocas escepciones.

FERN. Verdad demasiado triste!

MARG. Te diré en lo que consiste;
en que hay hombres... y ocasiones.

FERN. No obstante, sigo en mis trece.

MARG. Haces muy bien, no lo estraño.
Y dí, tampoco este año
vais á Madrid?

FERN. Me parece
que no.

MARG. Otro invierno!...

FERN. Pues...

MARG. En la quinta!...

FERN. Creo que sí.

MARG. Tú? piensas vivir aquí...

FERN. Siempre.
MARG. Ocurrencia es.
FERN. Por qué?
MARG. Jóvenes los dos,
ricos, pudiendo gozar,
pudiendo entrambos brillar
en el gran mundo... por Dios...
hacer la vida que haceis...
Aquí es el tiempo, importuno,
á las once el desayuno
y la comida á las seis;
ni amigos, ni sociedad,
ni hay noche de otra distinta...
FERN. Es deliciosa esta quinta.
MARG. Sí; pero qué soledad!
Yo creo que tu mujer
hoy, á falta de otra cosa,
ha dado en estar celosa
por tener algo que hacer.
FERN. Ya me inquietan sus desvelos.
MARG. Pues á Madrid y es el modo...
FERN. De qué?
MARG. De que cambie en todo.
FERN. Déjala que tenga celos,
que mientras yo los soporte...
MARG. Irán creciendo.
FERN. Menguando.
MARG. Llévala á Madrid, Fernando.
FERN. Le tengo miedo á la corte:
que mujer jóven y bella
de ese mundo en la inquietud
prueba tanto su virtud!...
MARG. Cómo! desconfias de ella?
FERN. *Es de vidrio la mujer;*
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podria ser.
MARG. Bien... magnífica sentencia!
FERN. Convencimiento profundo
de lo que pasa en el mundo;
yo lo sé por esperiencia.
MARG. Y ella que tanto te adóra...

FERN. Es prevision.
MARG. Es capricho.
FERN. Todas teneis, tú lo has dicho,
dos ó tres cuartos de hora.
MARG. En ese caso supones
que mi hermana...
FERN. Puede ser.
MARG. Es un ángel!
FERN. Y es mujer,
y hay hombres, y hay ocasiones.

ESCENA II.

DICHOS, *y* SANTIAGO *por el fondo.*

SANT. Una carta. (*Dándosela á Fernando.*)
FERN. (*Abriéndola.*) (De quién es?)
SANT. Otra. (*A Margarita.*)
FERN. (*Hojeando la carta.*) (De Miguel!)
MARG. (*Mirando el sobre.*) Advierto (*A Santiago.*)
que es para Elena.
SANT. (*Observando el sobre.*) Sí, cierto.
MARG. Yo se la daré despues.
(*A Fernando que continúa leyendo la carta.*)
Con qué insistes?
FERN. (*Sin dejar de leer.*) Sí.
MARG. Te absuelvo,
que ya caerás de tu error.
Yo, en cuanto pase el calor...
FERN. Te vas?
MARG. A Madrid me vuelvo.
(*Se vá por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

FERNANDO, SANTIAGO. *Mientras Fernando dice los versos siguientes, Santiago tira de un cordon y hace que un criado se lleve la bandeja del almuerzo.*

FERN. Me alegro que venga, mucho.
Sí, por vida de mi nombre!
que le he de dar un abrazo
tan brusco, que eche los bofes.
Que cosas me vá á contar
de París, Venecia, Londres...
y si habrá hecho fortuna!
Ca! no, no saldrá de pobre;
es jugador, es... mas veo
que ya caminan las once.
—Necesito... (*A Santiago.*)
SANT. Diga usted.
FERN. Al punto.
SANT. Dé usted sus órdenes.
FERN. Una habitacion dispuesta
para que en ella se aloje
un huésped, que llegará
dentro de poco.
SANT. Bien.
FERN. Corre,
despacha.
SANT. Paciencia. Un huésped!
(Siempre con huéspedes.)
FERN. Con que...
SANT. Viene de Madrid?
FERN. Sí.
SANT. Bueno.
Porsona de edad?
FERN. (*Con calma aparente.*) No, jóven.
SANT. Por mucho tiempo?...
FERN. (*Incomodado.*) Por mucho.
SANT. Pues! será algun amigote
de aquellos... uno de tantos...
(*Fernando hace un movimiento de impaciencia.*)

Quiere usted decir su nombre?

FERN. Quieres no hacer mas preguntas?

SANT. Lo conozco?

FERN. (*Calmándose.*) Lo conoces.

SANT. A que lo acierto?

FERN. A que haces
al fin que yo me incomode?

SANT. Es el Marquesito?...

FERN. No.

SANT. No... pero será el Vizconde.

FERN. Tampoco. Qué impertinente!

SANT. Tampoco... tampoco... Entonces
ya caigo... Sí, D. Miguel...

FERN. El mismo.

SANT. Pues! y de dónde
sale ahora...

FERN. Del infierno.

SANT. No lo dudo. Mis razones
tengo yo para creer...

FERN. Silencio!

SANT. Muy bien... conforme;
pero nunca ha sido santo
de mi devocion.

FERN. Pues... oye:
se llama mi amigo, y basta.

SANT. Sí, sí; obras son amores.
Cada vez que yo recuerdo
que en Madrid...

FERN. Bah!

SANT. Qué francote!
él disponia de todo,
de caballos y de coches.
Oh!... bien gastaba fachenda
á costa de usted... qué hombre!
Ahora se vendrá... lo mismo,
á vivir...

FERN. Murmuraciones!
Es el vicio de los viejos
murmurar.

SANT. Dios me perdone;
pero con tales amigos
no hay hacienda que soporte.

FERN. Soy rico.
SANT. Pues eche usted
la casa por los balcones:
eso es, ancha Castilla.
FERN. Basta, basta de sermones.
SANT. Es que mi deber me manda
hablar á usted sin recortes,
y usted tiene obligacion
de plegarse á mis razones.
FERN. Es que las repites tanto,
Santiago, y no conoces
que el arco siempre tirante
al fin y al cabo se rompe.
SANT. Es que... hablemos con franqueza,
treinta años há que mi nombre
significa aquí el arreglo,
la economía y el órden;
su padre de usted... su padre,
que de Dios y el cielo goce,
me encomendó con su hacienda
su hijo; justo es que tome
interés.
FERN. Te lo agradezco.
SANT. Y mas de una vez del borde
del abismo, mis rarezas
le han salvado á usted.
FERN. Si... porque...
no te faltaba razon
en algunas ocasiones;
pero cuando vivo hecho
un cartujo, qué temores
te asaltan?... qué te subleva?
No sé lo que te propones.
Dí, qué pretendes... que quieres?...
SANT. Nada.
FERN. Pues resulta entonces...
SANT. Que yo le quiero á usted mucho
y usted no me corresponde.
FERN. Pobre viejo!... (*Acariciándole.*)
SANT. Sí, caricias...
FERN. Vamos á ver si dispones...
SANT. Aquí se puede alojar

en la pieza azul. (*Señalando á la izquierda.*)

FERN. Conforme.

SANT. Así lo tendrá usted cerca
de la suya; mas que conste
que es contra mi voluntad.

ESCENA IV.

DICHOS, ELENA *aparece por el fondo.*

SANT. Que protesto... que se opone
mi consejo; porque al cabo
volverá á usté á los trotes
antiguos, lo sácará
de sus casillas...

ELENA. (*Llegando.*) Qué voces!...

FERN. Nada, Elena, lo de siempre,
que nunca estamos acordes.

ELENA. Pero...

SANT. Señora, que veo
introducido el desorden
en la casa; que...

FERN. He dicho
que basta ya de sermones.
Voy á salir.

SANT. (*A Elena.*) Usted puede
atarlo corto.

FERN. (*Con sequedad.*) Dispónme
el caballo tordo.

SANT. Pero...

ELENA. Vaya usted, que no se enoje.

SANT. Voy allá, pero...

(*Fernando le mira y Santiago se retira poco á poco por el foro izquierda.*)

ELENA. Qué era?

FERN. Nada.

SANT. Era... (*Desde el fondo.*)

(*Fernando hace un movimiento de impaciencia. Elena hace seña á Santiago de que se vaya y desaparece.*)

ELENA. (*Acariciando á Fernando.*)
Vamos, hombre...

FERN. (*Desprendiéndose de ella.*)
Chocheces, que durarán
hasta que yo me incomode.
(*Elena se aparta de Fernando.*)

ESCENA V.

FERNANDO, ELENA.

FERN. (Voy á esperar á Miguel.)
(*Poniéndose el sombrero.*)
ELENA. Hoy tambien de caza!
FERN. No.
ELENA. (Queriéndole tanto yo,
tan indiferente él!...)
FERN. Hasta luego.
ELENA. Ya me dejas!...
FERN. Por pocos momentos.
ELENA. Sí;
tanto te cansas de mí!...
FERN. Siempre suspiros y quejas.
Apenas breves instantes
de tí me separo, cuando...
ELENA. Ya no me miras, Fernando,
como me mirabas antes.
FERN. Caprichos.
ELENA. Es la verdad.
FERN. Te fastidias aquí?
ELENA. No,
que tu indiferencia yo
consuelo en la soledad.
FERN. Y alguna vez no apeteces
otra vida...
ELENA. Yo no sé.
FERN. Echas de menos...
ELEN. Si.
FERN. Qué!
ELENA. Tu cariño muchas veces.
FERN. Y al verte encerrada aquí,
viéndote hermosa al reflejo

deslumbrador del espejo,
te acuerdas?..

ELENA. Solo de tí.

FERN. (*Acercándose á ella.*)
Bajo palabra de honor:
algun recuerdo importuno
no te acude?..

ELENA. Uno.

FERN. Uno!

ELENA. El recuerdo de tu amor.

FERN. (Bien, muy bien; puedo creer
en su amor y en su inocencia.)

ELENA. Me mata tu indiferencia.

FERN. Bah! capricho de mujer.

ELENA. Como en los primeros dias
no me amas, te lo digo:
no eres, Fernando, conmigo
lo que otras veces solias.
No he de estrañar que hoy ignores
mis afanes, mis desvelos...
cuando ayer tenias celos
de todo, hasta de las flores.

FERN. Cuan equivocada estás;
mal juzgas por lo que escucho;
si entonces te quise mucho
hoy te quiero mucho mas.
Pasa el ímpetu primero
del amor, ley infalible,
y deja mas apacible
un amor mas verdadero.
Consiste su variacion
en que crece, no en que mengua,
fué entonces ojos y lengua,
hoy es todo corazon.
Ni indiferente, ni infiel
soy.

ELENA. Lo primero.

FERN. No;
recuerda que ya pasó
la dulce luna de miel.

ELENA. Dí con toda libertad
que se disipó el encanto,

dí que no me quieres tanto
y me dirás la verdad.

FERN. Fantasmas que te hace ver
tu imaginacion ligera;
caprichos son, que exagera
tu corazon de mujer.
Porque pensando en rigor
saber claro necesito
de que falta ó que delito
me puede acusar tu amor.

ELENA. Faltas que no tienen nombre,
que tú no sabes juzgar,
porque no encuentran lugar
en el corazon del hombre.
Inquietud desconocida
que la mujer siente y llora,
porque vé que se evapora
el amor que era su vida.

FERN. Si en tales quimeras dás,
nuestro sosiego se aleja.

ELENA. Será la última queja.

FERN. Pues no hablemos de ello mas.
Y ya que en razon te pones,
para evitar que despues
en nuevos caprichos dés,
pongámonos condiciones.

ELENA. Ni pensarlo.

FERN. Cómo!

ELENA. No:
quiero tu amor, es verdad;
mas con toda libertad,
lo mismo que te amo yo.
Si hay justa correspondencia,
á qué imponerse deberes?

FERN. Convenidos; tú lo quieres,
pues completa independencia.

ELENA. Mas no olvides contumaz...

FERN. Recuerda bien por favor...

ELENA. Que es un convenio de amor.

FERN. Que es un tratado de paz.
Y quiero decir á voces
que en paz octaviana vivo

hoy que en mi casa recibo...

ELENA. A quién?

FERN. Tú no le conoces;
porque hace dos años... mas,
que nos separamos... Es
vivo, y alegre, y cortés...
ya, ya le conocerás.
Emprendedor, diligente,
la cabeza algo ligera...

ELEAA. Es decir, un calavera.

FERN. Es un amigo escelente:
le quiero como á un hermano.
Tengo de verle un deseo...

ELENA. Y, vá á estar aquí?..

FERN. Yo creo
que estará todo el verano.

SANT. Cuando usted quiera. (*Desde el fondo.*)

(*Margarita asoma por la segunda puerta de la derecha.*)

FERN. Corriente.
Si me recordára alguna
aventurilla importuna...
Espero que seas prudente.

ELENA. Yo temo que sea capaz
de hacerte...

FERN. Nuevo temor.

ELENA. Nuestro convenio de amor.

FERN. Nuestro tratado de paz.

ESCENA VI.

MARGARITA, ELENA.

MARG. Ten. Ja!.. ja!.. (*Dándole la carta.*)

(*Elena tomándola maquinalmente y ocultándola en un bolsillo.*)

ELENA. Te ries?..

MARG. De tí.

ELENA. Alabo tu buen humor.

MARG. Has conocido tu error?
estás satisfecha?..

ELENA. Sí.

MARG. O muy poco se me alcanza
de celos, hermana mia,
ó apenas te dura un dia
esa dulce confianza.
Que lo que á tí te desvela
es, ténlo bien entendido,
que su afecto es de marido
y tu amor es de novela.

ELENA. No comprendes mi desvelo,
y no lo debo estrañar,
tú nunca supiste amar,
tienes corazon de hielo.

MARG. Tengo bastante esperiencia
para comprender tu error;
yo sé bien lo que es amor
y lo que es indiferencia.
Mas quieres que tu marido
siempre á tus ojos se encante;
á todas horas amante,
á todas horas rendido:
que si suspiras, suspire,
que si cantas, te enanore;
que si tú lloras él llore
y si le miras te mire.
Que como tú enamorado
solo por tus ojos vea,
en fin, hermana, que sea
de lo vivo á lo pintado.

ELENA. Exajerándolo así...

MARG. Bien sabes que es la verdad:
tienes una enfermedad
que no te se cura aquí.
Él por conservar tu amor
te tiene en la quinta... y temo
que te ha puesto en otro estremo
acaso... acaso peor.

ELENA. Mudarás de parecer.

MARG. Si tú cambias de algun modo.

ELENA. Tienes corazon...

MARG. En todo
como el tuyo, de mujer.
Poco tiempo fuí casada...

ELENA. Y bien, ya que me provocas
nunca amaste.
MARG. Te equivocas,
que me casé enamorada.
Mas siendo mi amor prudente,
como debe ser...
ELENA. Concedo.
MARG. Nunca tuve...
ELENA. Yo no puedo
ser á todo indiferente.
Duda mortal me embaraza
cuando... dirás lo que quieras,
cuando semanas enteras...
MARG. Tienes celos porque caza?..
ELENA. No; pero...
MARG. Sé lo que quieres.
ELENA. Qué quiero!
MARG. Pobre marido,
llevarle siempre prendido
como un chal, con alfileres.
Ridiculez.
ELENA. Es verdad;
porque hasta abrigo el temor
de que me roben su amor
el campo y la soledad.
MARG. Lo vés?.. yo me comprometo
á curarte esa manía.
ELENN. Le quiero mas cada dia.
MARG. Sé prudente.
ELENA. Lo prometo.
MARG. Veremos.

(*Santiago por la puerta que dá al jardin entra dirigiéndose afuera.*)

SANT. Ea, venid.

(*Se adelanta hácia la segunda puerta de la izquierda y le siguen dos criados con maletas, sacos de noche, etc.*)

ELENA. Llegó el huésped? (*A Santiago.*)
SANT. Si señora.

(*Entra por dicha puerta y le siguen los criados.*)

MARG. Quién es el huésped?
ELENA. Se ignora:
sé que viene de Madrid.

Fernando me lo decia
hace poco.

MARG. Un cortesano!

ELENA. Viene á pasar el verano.

MARG. Acepto su compañía,
que me empezaba á aburrir.

MIGUEL. (*Dentro.*) Justa esplosion de mi gozo.

ELENA. Ahí le tienes.

MARG. (*Mirando desde el foro.*)
No es mal mozo!

ELENA. Pero estamos sin vestir.

MARG. En el campo qué mas dá!

ELENA. No lo tome por desdon.

MARG. Quieres parecerle bien.

ELENA. Recíbelo tú.

MARG. Pues ya!
no me corresponde á mi.

ELENA. Entonces luego... las dos.
(*Se entra por la primera puerta de la derecha.*)

MARG. Un huésped!.. gracias á Dios
que hay con quien hablar aquí.
(*Váse por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA VII.

FERNANDO, MIGUEL.

FERN. Cuánto me alegro de verte!...
Dame otro abrazo.

MIGUEL. Allá vá!
Sabes que es bella tu quinta?

FERN. Agradable nada mas.

MIGUEL. Y confortable sin duda;
al menos, despues de andar
cuatro leguas á caballo
con un sol canicular.

FERN. Y dime, sigues haciendo
tu papel?

MIGUEL. Mi papel!... cuál?

FERN. Cuál! El de D. Juan Tenorio.

MIGUEL. Y tú, Fernando?

FERN. Yo! Bah!...
renuncié á nuestros desórdenes
y cerca de un año hará
que vivo en la quinta haciendo
una vida patriarcal.

MIGUEL. En efecto, noto en tí
algo de particular;
cierto aire... cierta cosa...

FERN. Ay Miguel! dos años mas
nos transforman tanto!... y luego,
es el tiempo tan fugaz...

MIGUEL. Consecuencia...

FERN. Pues?...

MIGUEL. Que el tiempo
es una calamidad.
Por eso precisamente
mi sistema principal
consiste en tomar las cosas
del mundo como él las dá:
ser tolerante con todos,
vivir alegre y pasar
hoy lo mejor que se pueda
y mañana Dios dirá.

FERN. Es un sistema egoista.

MIGUEL. Egoismo y nada mas
es el hombre: condicion
de la triste humanidad.

FERN. Filósofo tú!...

MIGUEL. Qué quieres,
es fuerza filosofar
alguna vez. No te rias.

FERN. De veras?

MIGUEL. Hablo formal.

FERN. Me asombras y... no te creo.

MIGUEL. No?... pues mas te asombrarás
cuando sepas que cansado
del mundo y la sociedad,
tengo resuelto casarme.

FERN. Cómo!... te vás á casar?
Tú...

MIGUEL. Lo que oyes.

FERN. Casarte!

MIGUEL. Sí.
FERN. Luego has sentado ya
la cabeza?
MIGUEL. Mi cabeza
es la misma; pero dán
en decir que es conveniente,
que se debe á cierta edad
tomar estado, y lo acepto
como una locura mas.
FERN. Y sabes, Miguel, lo grave
del paso que vás á dar?
MIGUEL. Sí, sé los inconvenientes
de la vida conyugal.
FERN. Pero .. estás enamorado?
MIGUEL. No.
FERN. Entonces...
MIGUEL. Bien claro está:
me caso por conveniencia,
tal vez por necesidad.
FERN. Y has hecho ya tu eleccion?
MIGUEL. No.
FERN. Pues lo debes pensar
despacio.
MIGUEL. La que la suerte
me depare.
FERN. Y si das
con una mujer altiva?
MIGUEL. No me dejo dominar.
FERN. Y si es gastadora?
MIGUEL. Bueno,
en no dándole un real...
FERN. Y si es amiga de fiestas,
de galanteos, si dá
en tener adoradores?
MIGUEL. Todas en lo mismo dán.
FERN. Y si es infiel?
MIGUEL. Lo que es eso
no me asusta: cada cual,
es decir, cada marido,
viendo el mundo como está,
por no ver cierra los ojos
á tanta infidelidad,

y se hace él mismo escepcion
de la regla general.
Practicando ese principio...

FERN. (*Con ironía.*)
Cásate, que tú serás
felíz.

MIGUEL. Me aterra una idea,
una solamente: dar
con una mujer celosa.

FERN. Esa, al menos, te querrá,
será capaz de un amor
profundo.

MIGUEL. Será capaz
de hacer que me desespere:
no tengo necesidad
de esas pasiones escritas;
pero sentidas, jamás.
De la mujer que las finje
bien se puede sospechar
que engaña al pobre marido,
que oculta bajo el disfraz
de un cariño impertinente
alguna debilidad,
faltas que ha de cometer
ó que ha cometido ya.

FERN. (No habia yo pensado en ello!)

MIGUEL. Por lo que hace á lo demás
sigo en mis trece: enamoro
cuantas se dejan amar.
Si hoy aquí me olvida una
otra encuentro mas allá,
y aquella por desdeñosa
y esta por sentimental,
en todas hallo lo mismo,
cierta atraccion, cierto iman...
Ya sabes tú que en Madrid
hace dos años...

FERN. Cabal.

MIGUEL. Tenia tres... no te acuerdas?

FERN. Tres...

MIGUEL. Inés, Julia y Pilar.
Por cierto que ahora al volver

las hallo... cómo dirás?

FERN. Cómo?

MIGUEL. (*Con intencion.*) Inés, Pilar y Julia
las tres casadas están.

FERN. Casadas!...

MIGUEL. Cosa corriente;
pero déjame y verás.
Salí de Madrid, ya sabes,
para Vitoria, á tomar
posesion de aquella herencia.

FERN. Que habrás disipado ya,
que habrás jugado...

MIGUEL. (Y perdido.)

FERN. Es tu vicio capital.

MIGUEL. No, no.

FERN. Te arruinó una sota?

MIGUEL. Te digo que no... (fué un as.)
Y como te voy diciendo,
llegué, cosa natural,
y como es á mal de amores
remedio tan eficaz
la ausencia, pronto las tres
me olvidaron. Quise dar
á mi desgracia el consuelo
conveniente, y claro está,
por tres que me olvidan tomo
otras tres... cuenta cabal.

FERN. Vamos. Miguel, no has perdido
el vicio de exagerar.

MIGUEL. Dudas!...

FERN. Dudo de que halláras
tres: una... dos á lo mas;
pero tres!... no, se subleva,
Miguel, mi credulidad.
Una te paso.

MIGUEL. Una...

FERN. Y basta.

MIGUEL. (Pues las tres has de tragar.)
Tres, Fernando, y una era...
(ha herido mi vanidad.)

FERN. No te pasó mas que una.

MIGUEL. Bueno. (Le voy á pintar

una que valga por tres
y asi quedamos en paz.)
Una, pero deliciosa!
diez y seis años de edad,
tierna, sensible, hechicera,
una creacion ideal...
de esas mujeres, Fernando,
que se apasionan, que dán
el corazon todo entero
lleno de vida, en el cual
el primer amor que sienten
no se destruye jamás.

FERN. Y te quiso?...

MIGUEL. Como quieren
los tristes la soledad;
como la flor al rocío,
como...

FERN. Poético estás!

MIGUEL. Siempre que me acuerdo de ella
siento...

FERN. Prosigue.

MIGUEL. Qué tal!
te interesa? (La tragó.)

FERN. No, mera curiosidad.

MIGUEL. Pues nos amamos.

FERN. Y bien?..

MIGUEL. Y... no me preguntes mas.

FERN. Te olvidó!

MIGUEL. Nos separaron.

FERN. Quién?..

MIGUEL. Quién?.. la fatalidad.

FERN. Cómo pues...

MIGUEL. Es un secretro;
hagamos punto final.
Salí de Vitoria y dije:
soy rico... pues á viajar;
y he corrido media Europa
en dos años, y ademas
he consumido la herencia.
Vuelvo á mi pais natal
pobre otra vez; pero alegre:
llegó á Madrid, sé que estás

en la quinta y á ella vengo
resueltamente á pasar
contigo todo el verano,
y el invierno Dios dirá.

FERN. Te lo agradezco infinito;
pero dime, esa beldad...

MIGUEL. No la he vuelto á ver.

FERN. No estrañes
que me interese...

MIGUEL. No tal.

FERN. Hazme su retrato.

MIGUEL. Alta.

FERN. Muy alta?

MIGUEL. No, regular;
pero esbelta... aire sencillo
y de dulce majestad,
ojos rasgados, cabellos
que envidia al ébano dán,
y una sonrisa de ángel
en dos labios de coral.

FERN. Pintas como un Rafael.
Solo falta completar
tan peregrina hermosura
con un nombre...

MIGUEL. Ahí verás.

FERN. Se llamaba?...

MIGUEL. Qué! su nombre?
Tú puedes imaginar
el mas poético y bello,
aquel que te agrade mas.

FERN. Y cómo la conociste?

MIGUEL. Cómo?... en una sociedad,
por cierto muy distinguida,
que solia frecuentar.

FERN. Casa de una Baronesa?...

MIGUEL. (Qué Baronesa será!)
Tú la conoces?

FERN. Un poco.
Y allí la viste?

MIGUEL. *(Vacilando.)* Cabal.

FERN. Y dime...

MIGUEL. Cuanta pregunta!...

FERN. Lo estrañas!...
MIGUEL. (Me vá á pillar
en algun renuncio.) No,
no la estraño; pero dás
en hacerlas dé tal modo...
FERN. Pues dime su nombre?
MIGUEL. Cuál?
FERN. El de esa hermosa criatura.
MIGUEL. Te sobra curiosidad.
Te he dicho que es un secreto
y... no me preguntes mas.

(*El criado que entró con el saco de noche atraviesa saliendo por el fondo. Santiago le sigue quedándose en la puerta.*)

ESCENA VIII.

MIGUEL, FERNANDO, SANTIAGO.

FERN. No te pregunto.
MIGUEL. Quisiera
quitarme... (*Volviéndose y viendo á Santiago*
Calle!...
SANT. Qué hay!
MIGUEL. Santiago!
SANT. Qué le asombra?
MIGUEL. Aun vive!... (*Acercándose.*) Qué viejo estás!
SANT. (Y me tutea el bribon!)
MIGUEL. Y el genio... el mismo? (*Riendo.*)
SANT. Cabal.
MIGUEL. Siempre gruñendo.
FERN. Gruñendo.
Genio y figura...
MIGUEL. Ja!... ja!...
SANT. Oiga usted!...
FERN. (*Reconviniéndole.*) Santiago!
SANT. Es que...
no se debe alborotar,
que las señoras...
(*Señalando á la derecha.*)
MIGUEL. (*A Fernando.*) Señoras!...

FERN. Mi mujer...
MIGUEL. Casado estás!
FERN. Te admira?
MIGUEL. Yo no sabia
una palabra!
FERN. Es verdad...
no te lo he dicho...
SANT. (A que cree
que está en pecado mortal!)
MIGUEL. Por eso notaba en tí
algo de particular;
tienes aire de marido.
Caiste en la red.
SANT. (Qué tal!)
MIGUEL. Preséntame á tu mujer.
FERN. Luego... despues de almorzar.
MIGUEL. Bien. Dónde está mi aposento?
SANT. Allí, á la izquierda.
FERN. Querrás...
MIGUEL. Desempolvarme. Casado...
has hecho bien... y te irá
divinamente... has de hacer
un marido angelical.

ESCENA IX.

SANTIAGO, FERNANDO.

SANT. Ahí tiene usted.
(*Cruzándose de brazos y en tono de reconvencion.*)
FERN. Que dispongan
el almuerzo.
SANT. Voy allá...
pero...
FERN. Vamos.
SANT. (*Yéndose.*) No me gusta
ni pizca, ese perillan.

ESCENA X.

FERNANDO, *paseándose pensativo.*

Dos años hace... en Vitoria...
Las señas son... Sí será
Miguel... es fácil... y al cabo
nada hay de particular,
si fueron amantes... bien,
se olvidaron y no hay mas...
(*Reflexionando.*)
Casa de la Baronesa!...
Qué estraña casualidad...
Pero qué diablos pienso!
estoy yo loco de atar!
Es un cuento que ha inventado...
Sin embargo, hay que pensar
que los que mienten, á veces
suelen decir la verdad.
Y aun suponiendo que fuera
cierto, no es bien natural
que fuese otra?... Sin duda...
pero hay posibilidad
y es malo que el corazon
se decida á sospechar.
Andemos con piés de plomo,
disimulo... piensa mal
dice el proverbio... y pensando
con calma... No está demas
impedir que ambos se vean
por lo que pueda tronar.
Luego, Miguel es así...
y no me conviene, bah!
que estreche con mi mujer
los lazos de su amistad.
Sí; mando á las dos hermanas
á Madrid... diré que está
la Baronesa algo enferma
y es de temer que á su edad...
Sí, sí; con este pretesto

hoy mismo las dos se ván
y despues... ya es otra cosa;
tiempo hay para averiguar.

(Se entra por la primera puerta de la derecha que conduce al aposento de Elena.)

ESCENA XI.

SANTIAGO *por el fondo*, *y* MARGARITA, *por la segunda puerta de la derecha.*

MARG. Y el huésped?
SANT. En su aposento.
MARG. (Ya tengo curiosidad...)
Dán las rejas al jardin?
SANT. Si señora.
MARG. (Voy allá.)
Mi sombrilla...

(Santiago cojiendo la que se dejó Margarita en la primera escena.)

SANT. Tome usted.

(Tomándola y yéndose por el foro izquierda.)

MARG. (Vamos á... coquetear.)

ESCENA XII.

SANTIAGO *despues* MIGUEL.

SANT. Al jardin... Esta viudita
es muy alegre... ya está,
pues, levantada de cascos,
por quién?... por ese truan.
Y él no se para en pelillos...
si vé... No faltaba mas!
MIGUEL. Santiago...

(En mangas de camisa con la corbata á medio poner y un frac en el brazo.)

SANT. Que le ocurre.
MIGUEL. Dí, quién acaba de entrar
en el jardin?...

SANT. (Ya la vió.)
MIGUEL. Es la esposa...
SANT. No; será...
la cuñada.
MIGUEL. Y hay cuñada?
Oh!.
SANT. Qué?
MIGUEL. Que es una deidad:
fué á cojer una azucena
y le he visto un pié...
SANT. (Qué tal!)
MIGUEL. Voy á ofrecerme á sus órdenes.
(Se dirige al espejo ocupando el resto de la escena en arreglarse la corbata y ponerse el frac.)
Una sorpresa le hará
buen efecto... á las mujeres
les gusta...
SANT. (Será capaz!...)
(Acercándose á Miguel.)
Piensa usted estarse aquí...
MIGUEL. Todo el verano.
SANT. (Pues ya.)
MIGUEL. O toda la vida.
SANT. (Justo,
no tiene patria ni hogar...)
Pues lo que es aquí, se vive
con cierta incomodidad...
tan solo esto y tan triste...
con un calor infernal...
lo que es usted, de seguro...
MIGUEL. Que...
SANT. Se debe fastidiar.
MIGUEL. Yo arreglaré este cotarro,
yo lo animaré... verás,
tendremos bailes...
SANT. (Qué dice!)
MIGUEL. Con las mozas del lugar.
Que habrá guapas chicas?
SANT. Pero...
MIGUEL. Sí, sí; tú me ayudarás,
y haré de la quinta un
paraiso terrenal.

SANT. Advierta usted...
MIGUEL. (*Corriendo al fondo.*) Ahora voy...
SANT. Dónde!
MIGUEL. (*Yéndose.*) Al jardin.
SANT. (*Siguiéndole.*) Claro está...
Este hombre nos hace aquí
alguna de Barrabás.

ESCENA XIII.

FERNANDO, ELENA *siguiéndole.*

ELENA. Viaje tan repentino!...
Temo que...
FERN. No será cosa;
como está tan achacosa
la Baronesa.
ELENA. Imagino
alguna desgracia... cómo
sabes?...
FERN. No sé si es segura
la noticia.
ELENA. Tal premura!
FERN. Solo es precaucion que tomo.
ELENA. Y... este viaje ha de ser?...
FERN. Cuanto antes: llegareis
saliendo ahora... á las seis;
á la hora de comer.
Yo no os puedo acompañar.
ELENA. Y mi hermana sabe?...
FERN. No:
deja, se lo diré yo...
Y tú puedes arreglar
tus cosas...
ELENA. Sí. (Qué sorpresa!)
FERN. Mientras yo dispongo...
ELENA. Bien.

(*Fernando se dirige al fondo, y Elena hácia su cuarto; va á sacar esta el pañuelo del bolsillo, y cae la carta que le dió Margarita.*)

Calla!... esta carta...

FERN. (*Volviendo.*) De quién?
ELENA. (*Rasgando el sobre y mirándola.*)
De quién?... de la Baronesa.
FERN. Qué dice?...
ELENA. (*Despues de leer.*) (Yo estoy absorta!)
Dice que está buena y sana,
y dice, que esta semana
vendrá.
FERN. (*Cortado.*) Bien... eso no importa.
ELENA. Pero...
FERN. No formes querella.
ELENA. Es que...
FERN. Pensando estarás...
ELENA. Nada ..
FERN. Sin embargo, vás,
luego te vuelves con ella.
ELENA. Tú quieres que vaya?
FERN. Sí...
ELENA. Ahora mismo...
FERN. Y bien!
ELENA. Yo sueño,
ó tienes sobrado empeño
en separarme de tí.
FERN. Y qué razon?..
ELENA. Ay Fernando!
FERN. Porque me tomo interés
por ella... supones...
ELENA. Pues...
no voy.
FERN. Sí, yo te lo mando...
ELENA. Esto mas...
FERN. (Vamos con tiento.)
ELENA. Que salga de aquí no esperes.
FERN. Bien... no vayas si no quieres
y en paz.
ELENA. (No sé lo que siento.)
(*Se oye dentro la voz de Miguel.*)
MIGUEL. Con fuerza el sol se derrama.
FERN. (Es Miguel.)
(*Coje la mano de Elena y la lleva hasta la puerta de su aposento.*)
Elena!... vete.

ELENA. Fernando, yo soy juguete...
FERN. *(Haciéndola entrar.)*
Silencio!
ELENA. (Ya no me ama!)

ESCENA XIV.

FERNANDO, MARGARITA, MIGUEL, *los dos últimos salen del brazo por la puerta que comunica al jardin.*

MIGUEL. Fernando, te hablo en verdad;
todo en tu casa me admira,
que todo en ella respira
franqueza y felicidad.
(Señalando á Margarita.)
Nos vimos hace un momento
por primera vez... ya... nada,
trato á tu hermosa cuñada
sin el menor cumplimiento.
FERN. Es muy justo.
MIGUEL. Donde están
talento, gracia y belleza,
es tan dulce la franqueza!
MARG. El señor es muy galan.
FERN. Siempre lo fué.
MIGUEL. Y he de ser;
ese es mi tesoro en junto;
pero no hay mas tregua, al punto
preséntame á tu mujer.
FERN. Luego...
MIGUEL. Sí; luego... mañana...
vamos, ahora mismo.
FERN. Es que...
indispuesta la dejé.
MARG. Cómo! indispuesta mi hermana?
(Se vá precipitadamente por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XV.

FERNANDO, MIGUEL.

MIGUEL. Y te lo vás á callar?...
tienes unas cosas!

(*Se abre una puerta del fondo y se deja ver la mesa puesta. Un criado aguarda en el umbral.*)

FERN. Era...

MIGUEL. Vamos á verla.

FERN. (*Reparando en el criado.*) No... espera...

MIGUEL. (*Cojiéndole del brazo.*)
Vamos.

FERN. Vamos... á almorzar.

(*Se dirigen á la puerta del fondo que abrió el criado. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA *y* MARGARITA.

MARG. Vés si mi esperiencia alcanza?
Lo vés bien?.. no te decia:
«apenas te dura un dia
esa dulce confianza?»
ELENA. Y es inútil que te advierta
y es razon que ya no ignores,
que eran justos mis temores
pues vés mi desgracia cierta.
MARG. Desgracia... quién lo diria?
Yo te puedo asegurar
que cualquiera en tu lugar,
de fijo, se alegraria.
Ir á Madrid te entristece
cuando él mismo lo desea!
Vamos, alaba su idea,
alégrate y obedece.

ELENA. Pero es que juzgando asi
tú, Margarita, no vés
que tiene mucho interés
en alejarme de aquí;
que sin razon, sin escusa,
en el caso, al fin, se ha puesto
de inventar ese pretesto...
que hace dias que rehusa
mi presencia, que en él vé
mi afan, dureza, rigor...
que se cansa de mi amor...
que acaso intenta... no sé...
pero todo es singular;
la llegada de ese amigo...
no sé que sospecha abrigo...
dime tú que he de pensar.

MARG. Vés las cosas á tu modo,
piensa lo que quieras.

ELENA. Nada;
que nací muy desgraciada!

MARG. Con eso lo arreglas todo.
Y no estraño que te asombres
si asi las cosas complicas.

ELENA. Pero bien, cómo me esplicas
su conducta?

MARG. Bah! los hombres
suelen, Elena, tener
caprichos raros, estremos,
que las mujeres debemos
respetar y obedecer.
Acaso tenga razon...
y si el motivo te oculta
de este viaje...

ELENA. Resulta
que perdí su corazon.

MARG. Si es así, en vez de llorar
y gemir, y padecer...

ELENA. Qué es lo que puedo yo hacer?

MARG. Mucho, volverlo á ganar.
Y el medio pronto se halla
con tal que prudente cedas;
quiérele cuanto tú puedas,

pero disimula y calla.

ELENA. Con que disipó su encanto
de mi cariño el esceso?

MARG. Si ahora no... posible es eso.

ELENA. Mi culpa es amarle tanto?

MARG. Aunque al pronto no concibo
su estraño modo de obrar,
pensando... se puede hallar
el verdadero motivo.
Supon, y bien puede ser,
que á ese amigo no lo crea
bastante... para que sea
amigo de su mujer,
y al verle aquí de repente,
obrando asi no se engaña...

ELENA. Debilidad bien estraña.

MARG. O razon harto prudente.

ELENA. Pero quién le impide, quien
que francamente me diga
la causa?

MARG. Si esa le obliga
hace en callarla muy bien.

ELENA. Pues bien merece en verdad...

MARG. Tú debes en mi opinion
obedecer, si es razon;
sufrir... si es debilidad.

ELENA. Quieres que callando vea
que así mi virtud confunde...

MARG. Supongamos que se funde
su temor en otra idea.
Supon, que se le resista,
y es natural, que su amigo
sea un incómodo testigo,
teniendo siempre á la vista
esas escenas que tocan
en pueriles... que tus celos,
tus amorosos desvelos,
contínuamente provocan.
Escenas que él advertido
quiere ocultar cuanto pueda,
porque en ellas siempre queda
en ridículo el marido.

Y que al buscar el remedio
mas fácil y mas seguro,
para salir del apuro
ha dicho: tierra por medio.

ELENA. Y así á mi dicha prefiere
por un temor que me irrita...

MARG. Tu marido...

ELENA. Margarita,
mi marido no me quiere,
y ya es tiempo y ocasion
de hacerle, hermana, entender
mi dignidad de mujer.

MARG. Te vas poniendo en razon.
Pero te debo advertir,
y no estrañes que te arguya,
que siendo la culpa tuya
debes callar y sufrir.

ELENA. Bien, pagué mi inesperiencia;
basta ya, corazon frio:
á su desvio, desvio,
desden á su indiferencia.
No haré tan triste papel,
de hoy mas, caí de mi error,
si no comprende mi amor
no será muy digno de él.

MARG. Pecas por exagerar...

ESCENA II.

DICHOS, SANTIAGO, *viniendo del fondo izquierda.*

SANT. Pues cómo! ustedes aquí?
Ya están almorzando...

MARG. (*A Santiago.*) Sí...
(*A Elena.*) (Que no te vea llorar.)

SANT. (*Id.*) Pero advierto que usted llora...

ELENA. No...

SANT. No? pues no son antojos,
que bien lo dicen sus ojos.

MARG. No lloraba.

SANT. Si señora.
Aunque estuviera yo ciego.
ELENA. No es llorar...
SANT. Cómo que no!
MARG. No hay tal llanto, que...
SANT. Pues yo
sostengo...
MARG. Pues yo lo niego.
SANT. Mal comenzó la mañana.
Qué motivos hay!...
ELENA. Ninguno.
MARG. Queremos el desayuno
en el cuarto de mi hermana.
ELENA. Que nos lo sirvan allí.
SANT. Bien (*Yéndose.*)
MARG. (*A Elena.*) Ha visto al fin correr
tus lágrimas... vá á creer
que...
SANT. (*Saliendo por el fondo.*) (Algo sucede aquí.)

ESCENA III.

MARGARITA, ELENA.

ELENA. Si él supiera cuan injusto
es Fernando con mi amor...
MARG. Que no lo sepa es mejor;
disimula y dale gusto.
Vámonos.
ELENA. No debe ser.
Me encerraré en mi aposento.
MARG. Talento, Elena, talento!
ELENA. Ya sé lo que debo hacer.
(*Entra por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

MARGARITA, *sentándose, despues* MIGUEL.

Dicen que el amor es loco,
y á fé que tienen razon.

Ay Elena! esa pasion
se curará poco á poco.

(Se oye la voz de Miguel el cual se dejará ver por el fondo entrando de espaldas.)

MIGUEL. Despacha á esa buena gente,
que yo en el jardin espero.

MARG. (El!.. qué loco! qué ligero
de cabeza... y como miente!)

(Miguel Volviéndose vé á Margarita.)

MIGUEL. (Ola! la cuñada aquí...)

MARG. (Y es en hablar bien prolijo;
apenas me vió, me dijo
que estaba muerto por mí.)

MIGUEL. (Viuda bella y cruel,
te he de vencer por quien soy!)

(Se adelanta poco á poco.)

(Margarita que debe estar sentada casi de espaldas al fondo le mira de reojo.) ...

MARG. (Ola! se acerca... pues voy
á divertirme con él.)

ESCENA V.

MIGUEL *y* MARGARITA.

MIGUEL. *(Adelantándose despacio.)*
(Buena ocasion se presenta,
y la ocasion es el alma
del amor y la fortuna.)

MARG. (Se detiene... pues si aguarda
que yo le llame, está fresco.)

MIGUEL. (Me ha visto... pues... y se aguanta.
He de probar su paciencia.)

MARG. (Se ha convertido en estatua.)

MIGUEL. (Y es hermosa!)

MARG. (Que truan!)

MIGUEL. (Que contornos!)

MARG. (Oh! que calma.)

(Se levanta y dando la espalda á Miguel, hace que se vá sin reparar en él.)

MIGUEL. (*Deteniéndola.*)
Se vá usted, porque yo llego?
MARG. Viene usted porque me vaya?
MIGUEL. Tan discreta como hermosa.
MARG. Gracias, muchísimas gracias. (*Yéndose.*)
MIGUEL. (*Con intencion de detenerla.*)
Y... la enferma, cómo está?
MARG. Sigue un poco mejorada.
MIGUEL. Cuanto me alegro... nosotros
almorzamos ya... la falta
de la amable compañía
de usted y la de su hermana,
á quien conocer deseo
con vivo interés, con ansia,
son las dos únicas cosas
que he echado menos.
MARG. (No habla.)
MIGUEL. A Fernando lo dejé...
MARG. Solo?
MIGUEL. No, que le acompañan
dos labriegos que le traen
nuevas que placer le causan,
pues son de que el soto empieza
á ser abundante en caza.
MARG. Cazando pasa su vida.
MIGUEL. Bien se advierte que le embarga
ese placer... yo le veo
abstraido... cosa estraña,
taciturno, indiferente
á mis pullas y á mis chanzas;
en fin, durante el almuerzo
no ha dicho cinco palabras.
MARG. Usted habrá hecho el gasto
por los dos.
MIGUEL. Ola, epígrama!
MARG. Se admira usted?..
MIGUEL. Si señora.
MARG. De veras?
MIGUEL. No lo esperaba.
MARG. Por qué razon?
MIGUEL. Porque veo

que el veneno de esa sátira
desmienten...

MARG. Quién?

MIGUEL. Esos ojos,
que por su dulzura encantan.

MARG. (Ya está en el tema.)

MIGUEL. No obstante,
advierto sino me engañan
mis observaciones...

MARG. Qué?

MIGUEL. Que por capricho disfraza
su carácter verdadero;
que adoptando usted la máscara
de esa frialdad aparente,
de esa ligereza amarga,
un tesoro de dulzura
tal vez reservado guarda!

MARG. Está usted seguro?

MIGUEL. Cuando
hace dos horas escasas
el placer por vez primera
tuve de verla y hablarla,
como en las almas vehementes
una impresion sola basta,
y si es profundo el amor
nadie á enmudecerlo alcanza;
la ví y la amé, y al punto
se lo dije en dos palabras.
Usted me miró y calló,
como ahora me mira y calla
y finge un alma de nieve
teniendo de fuego el alma.

MARG. Vea usted lo que son las cosas.
Cuando hace poco me hablaba
de ese amor tan repentino,
de ese amor en que se abrasa,
llenándome de sorpresa
pasion tan estraordinaria,
callé, le miré y me dije:
finge bien, finge con gracia,
pintando un alma de fuego
quien tiene de nieve el alma.

MIGUEL. Eso es juzgar muy de priesa.
MARG. Esa es la verdad en chanza.
MIGUEL. Se vá usted á los estremos.
MARG. Porque usted en ellos anda.
MIGUEL. Vamos á hacer una apuesta.
MARG. Una apuesta!... Cómo?...
MIGUEL. Rara
parecerá á usted la idea;
pero... claro, usted se afana
por vencerme y yo deseo
vencerla á usted.
MARG. (No se engaña.)
MIGUEL. Por consiguiente juguemos.
MARG. Qué jugamos?
MIGUEL. Cosa es clara;
corazon por corazon,
á ver quien pierde ó quien gana.
MARG. No juego.
MIGUEL. Teme usted...
MARG. Temo...
MIGUEL. Qué se hizo tanta arrogancia?
MARG. Pues... acepto la partida.
Juguemos...
MIGUEL. Pero sin trampas.
Hablemos ingenuamente,
sea usted esplícita y franca.
MARG. Qué quiere usted que le diga?
MIGUEL. Es natural... lo que calla.
MARG. Es usted mi confesor?
MIGUEL. No le inspiro confianza?
MARG. Mucho estimo su amistad.
MIGUEL. Pero á merecer no basta?...
MARG. Usted lo merece todo.
MIGUEL. Quién mereciendo no alcanza!
MARG. Le he de decir lo que siento?
MIGUEL. Claro está.
MARG. No siento nada.
MIGUEL. Eso es en buen castellano
darle á un hombre calabazas.
MARG. Es que ha jugado y perdido
porque le han visto las cartas.
MIGUEL. Que usted gane no me admira,

que yo pierda no me espanta.

MARG. Por qué?...

MIGUEL. Porque juega usted,
señora, con dos barajas:
Una mi franqueza, y otra
su cruel desconfianza.

MARG. Puede ser, y en ese caso
juega usted con desventaja.

MIGUEL. Eso es segun y conforme.

MARG. Abriga usted esperanzas?

MIGUEL. Y por qué no? Usted ya sabe,
puesto que en jugar es práctica,
que aquel que perdiendo empieza
luego se desquita y gana.

MARG. Cuenta usted con la partida?

MIGUEL. Siendo la partida larga...

MARG. Cuenta usted con la fortuna?

MIGUEL. Como la fortuna es varia!...

MARG. Acabaré por reirme.

(*Cubriéndose la cara con el pañuelo.*)

MIGUEL. Y será usted tan ingrata...

(*Margarita con coquetería y sonrisa burlona, tiende el brazo en cuya mano lleva el pañuelo en direccion á Miguel.*)

MARG. Es usted muy peligroso.

(*Miguel lanzándose á coger la mano de Margarita.*)

MIGUEL. Deliciosa burla!

(*Margarita retirando su mano de entre las de Miguel en las que queda el pañuelo y dando un paso atrás.*)

MARG. Basta.
Vuélvame usted el pañuelo.

MIGUEL. (*Examinándole.*)
Rica batista... y la marca
de muy buen gusto... qué letras
tan finamente bordadas!

MARG. Vuélvamele usted.

MIGUEL. Señora...
permítame usted que valga
este pañuelo por prenda
que atestigüe su palabra.

MARG. Es que...

MIGUEL. Lo conservaré;

y si en la lucha pactada
gano yo, me pertenece:
lo devuelvo si usted gana.

MARG. Es que llevando mi nombre...

MIGUEL. (No lo suelto.)

MARG. (Mucho avanza.)

MIGUEL. Será un secreto guardado
religiosamente, hasta
que cierta no llegue á ver
mi ventura ó mi desgracia.

MARG. Qué franqueza!

MIGUEL. Usted se ofende!...

MARG. No le doy tanta importancia.

MIGUEL. Entonces...

MARG. Guárdelo usted;
pero cumpla su palabra.

(*Saludándole y retirándose hasta la primera puerta de la darecha.*)

Y basta ya.

MIGUEL. (*Acercándosele.*) Quiere usted
que la acompañe?

MARG. (*Entrándose.*) No, gracias.

MIGUEL. Tanto desden no es razon,
si usted...

(*Fernando aparece en el fondo y se detiene al ver á Miguel.*)

(*Margarita á media voz á Miguel, y dejándose ver en la puerta de modo que no pueda ser vista por Fernando.*)

MARG. De aquí no se pasa.
(*Cierra la puerta.*)

ESCENA VI.

FERNANDO *y* MIGUEL, *sin haber visto á Fernando que se adelanta poco á poco.*

MIGUEL. Bien... (*Mirando el pañuelo.*)
en desquite... (*Le besa con viveza.*)

FERN. (Qué besa!)

MIGUEL. Prenda segura... esto marcha.

(*Se vuelve, vé á Fernando que se hace el distraido al*

ver que Miguel oculta precipitadamente el pañuelo, lo cual observa Fernando y disimula.)

MIGUEL. (Fernando!...)
FERN. (Es un pañuelo.)
MIGUEL. (Si sebe... soy hombre al agua.)
FERN. (Lo oculta!... y aun me parece
turbado... Me ha visto y calla.)
Aquí estás, cuando creia
que en el jardin me esperabas?
MIGUEL. Aquí me entré... distraido...
y aquí solo... pues...
FERN. (Me engaña.)
MIGUEL. (No quiero ni aun que sospeche
que enamoro á su cuñada.)
FERN. (Disimulo.) He desistido
(*Echándole el brazo por el hombro.*)
de nuestro paseo, salva
tu opinion.
MIGUEL. Como tú quieras. (*Desasiéndose.*)
FERN. Ya es tarde y el sol abrasa.
Ademas tu necesitas
descansar, que aunque no es larga
la jornada, sin embargo,
con sol y á caballo, mata.
MIGUEL. Tienes razon, me parece
muy bien; cuando el dia caiga
daremos nuestro paseo
y si no, mejor, mañana:
dias tenemos... y... oye:
tambien me gusta la caza.
Cuándo echamos un ojeo?
FERN. Pronto... muy pronto.
MIGUEL. Me agrada.
FERN. Tú debes ser poco diestro.
MIGUEL. Ya sé que tú me aventajas.
FERN. Partiremos como amigos
la gloria de la jornada.
MIGUEL. Cabal... la pieza mejor
tú mas diestro la levantas,
yo tiro bien, y me dejas
lo mas fácil... el matarla.
FERN. (Es pulla...)

MIGUEL. Con que aprovecho
tu consejo.
FERN. Sí, descansa;
yo iré á buscarte despues.
MIGUEL. Muy bien. (No sospecha nada.)
Hasta luego. (*Se vá por la izquierda.*)
FERN. (*Cerrando la puerta por donde se ha ido.*)
Sí; hasta luego.

ESCENA VII.

FERNANDO.

Ese pañuelo...
(*Dirigiéndose precipitadamente á la puerta que conduce á las habitaciones de Elena.*)
Cachaza.
No esté yo viendo visiones...
De un modo á veces se enlazan
las cosas... y aquí se juntan
tan fatales circunstancias...
Visiones ó no visiones (*Sentándose.*)
Fernando... vamos con calma.
Cosas se ven en el mundo...
Las he visto tan estrañas!...
(*Queda pensativo.*)

ESCENA VIII.

FERNANDO, SANTIAGO *por el fondo.*

SANT. (Algo sucede, y es fuerza
que yo penetre la causa.
D. Fernando tiene un gesto
que nunca le ví en su cara...
Pues bien, le preguntaré (*Adelantándose.*)
y si me niega y no habla,
aunque se impaciente y rabie
le arrancaré las palabras.)
(*Tose y hace que tropieza con una silla.*)
FERN. Qué hay?... qué quieres?... (*Con disgusto.*)

SANT. Soy yo...
FERN. Y bien?
SANT. Es que... tengo...
FERN. Acaba.
SANT. Deje usted que empiece. Estaba...
(*Fernando hace un brusco movimiento de impaciencia.*)
Quiere usted oirme?
FERN. No.
SANT. Es preciso y ha de ser.
FERN. Acabarás?
SANT. D. Fernando
yo...
FERN. Me estás martirizando.
SANT. Bueno; pero es mi deber.
Oiga usted y no se inquiete
que al fin será lo mejor.
FERN. Quieres hacerme un favor?
SANT. Un favor!... diga usted.
FERN. Vete.
SANT. Usted sabe que yo soy...
FERN. Insufrible.
SANT. Y obediente;
pero en la ocasion presente
con franqueza, no me voy.
Y estoy tan fijo en mi intento...
FERN. Esto en insolencia raya.
SANT. Si dice usted que me vaya
otra vez...
FERN. Vete.
SANT. Me siento. (*Lo hace.*)
FERN. Santiago!... no reparas
cuanto... cuánto me impacientas!
SANT. Sí; pero vamos á cuentas,
D. Fernando, y cuentas claras.
Por su gusto y voluntad
se casó usted—no es estraño—
y hace un año, pero un año
completo en felicidad.
Un año de primavera,
año de paz y alegría,
un año... dia tras dia
sin una nube siquiera.

Mas hoy... cosa singular,
que aun á creer me resisto;
usted padece, y yo he visto...
(*Señalando al aposento de Elena.*)
Sí... yo la he visto llorar.
Y no hay mas, la cosa es clara;
no niegue usted... que resulta
siempre, que el mal que se oculta
asoma mas á la cara.
Aquí la dicha acabó,
luego aquí sucede algo;
de mi esperiencia me valgo
y debo saberlo yo.

FERN. Te oí con harta paciencia,
y aunque jóven y tu viejo
te voy á dar un consejo
á pesar de tu esperiencia.
Si un buen consejo se halla
en la memoria se apunta:
nunca el criado pregunta
lo que su señor le calla.

SANT. Está bien... pero le digo,
y advertirle no quisiera,
que está el criado allá fuera,
quien hay aquí es el amigo.

FERN. Si mis advertencias sientes,
yo tambien siento que ignores,
que los amigos mejores
son los amigos prudentes.

SANT. Contestando de ese modo...

FERN. Debes quedar satisfecho.

SANT. No señor; tengo derecho
y quiero saberlo todo. (*Levantándose.*)
Tal vez de locura pasa
el que yo cuentas le pida...
Treinta años... toda mi vida
que como el pan en su casa!
Tal vez ahora no le cuadre
el recuerdo de otros lazos,
usted... sí, nació en mis brazos,
yo soy su segundo padre!
Si no me quiere decir

porque en el pesar se abisma,
sepa que su madre misma
me lo encomendó al morir.

FERN. Basta. (*Levantándose.*)

SANT. Yo debo saber
la causa del mal que siente.

FERN. Ya te pasas de imprudente.

SANT. Hable usted.

FERN. No puede ser.

SANT. Qué es lo que sucede aquí?
no habrá de saberlo medio?

FERN. El mal no tiene remedio.

SANT. Si yo lo supiera, sí.
Tal vez será un desatino...
y estoy loco ó estoy ciego;
pero aquí falta el sosiego
desde que ese señor vino.
Yo averiguaré el misterio...
verá usted lo que yo hago.
Soy capaz de...

(*Dirigiéndose repentinamente á la puerta del cuarto de Miguel.*)

FERN. (*Con fuerza.*) Santiago!

SANT. (*Deteniéndose.*)
(Qué hacer!... se pone tan serio.)

FERN. (*Paseándose.*)
Basta de locuras ya.

SANT. Estoy á todo dispuesto.

FERN. Yo tengo la culpa de esto.

SANT. Es que ha de ser.

FERN. No será.

SANT. Bien.

FERN. Vete.

SANT. Me voy.

FERN. Al punto.

SANT. Asi me paga el cariño (*Yéndose.*)
que le tuve desde niño.
Ay!... si viviera el difunto!

FERN. Cuidado si te se alcanza
hacer alguna imprudencia.

SANT. Echarme de su presencia!. .
negarme su confianza!...

Me voy... porque estoy de mas,
porque no se me despinta...
(*Fernando dá una patada de impaciencia.*)
Me voy hasta de la quinta.

FERN. Bien... y no vuelvas.

SANT. (*Yéndose aflijido.*) Jamás!

ESCENA IX.

FERNANDO, *paseándose con agitacion.*

No estoy sospechando en vano...
Tal vez la evidencia toco
y... aun dudo... Eh!... poco á poco.
(*Despues de un momento de reflexion.*)
Hay que cortar por lo sano.
La verdad es que recelo,
que me devora una idea
que es muy posible que sea...
—Aquel cuento... ese pañuelo...—
esta inquietud que hay en mí...
vamos... vamos... puede ser,
y es fuerza que mi mujer
hoy mismo salga de aquí.
Saldrá...
(*Yendo hácia la puerta de Elena y deteniéndose.*)
pero estoy pensando
que si el portador soy yo
de esta nueva... verla, no;
sepa que yo se lo mando.
Si no ofrece resistencia
tanto mejor.
(*Se sienta cerca de una mesa en la cual habrá recado de escribir.*)
Ademas
puede ser un dato mas;
puede ser que su conciencia... (*Escribe.*)
Si quiere una esplicacion,
si ella á pedírmela viene...
mejor... mejor... me conviene
sondear su corazon. (*Escribe.*)

(*Dobla el papel que ha escrito y tira de un cordon de campanilla.*)

Cachaza y habilidad
porque es el asunto serio,
y Miguel... de este misterio
yo arrancaré la verdad.

ESCENA X.

FERNANDO, *un* CRIADO, MARGARITA.

FERN. Ven acá. (*Al criado.*)

(*El criado se acerca: Fernando le dá el papel y le dice en voz baja algunas palabras señalándole la puerta primera de la derecha, mientras Margarita por el fondo dice.*)

MARG. (Buena ocasion.) (*Se adelanta.*)

(*El criado se vá por la puerta que conduce al cuarto de Elena.*)

Fernando, buena la hiciste,
tienes á Elena tan triste!...

FERN. Caprichos.

MARG. Caprichos son,
que un hombre de tu esperiencia
debe á tiempo corregir.

FERN. Con eso quieres decir...

MARG. Que obras con mucha prudencia.

FERN. Aunque razon no me sobre
ni á tus ojos ni á sus ojos,
no os debe causar enojos,
Margarita, que asi obre.
Que si las cosas se ven
con esa frivolidad...

MARG. Te hablo con formalidad;
te digo que haces muy bien.

FERN. Tengo razon...

MARG. Es así.

FERN. Concibes algun motivo...

MARG. Que haces bien, eso concibo,
por ella, claro, y por tí.
En la causa no me meto,

que aunque débil pueda ser,
entre marido y mujer
todo merece respeto.
Tú la ocasion aprovecha,
mándala á Madrid un mes,
quiera ó no quiera, y despues...

FERN. (Será... que tambien sospecha!...)
Tienes interés?...

MARG. Yo no;
á tu voluntad lo dejo.

FERN. Es Margarita?...

MARG. Un consejo.

FERN. (Sí! sospecha como yo.)
Si hago bien en lo que hago,
porque mas cuerdo me halles,
hoy te suplico que calles.
Yo obraré...

MARG. Bien!

FERN. (*Yéndose por la izquierda.*) (Santiago
mi inquietud ha conocido;
á esta duda no le cabe...
el último que lo sabe
ha de ser siempre el marido!)
(*Vase por la izquierda la primera puerta.*)

ESCENA XI.

MARGARITA, *despues* ELENA.

MARG. Lo dejo á su voluntad:
la manda á Madrid... mejor;
á ver si cede ese amor
que raya en enfermedad.

ELENA. Margarita!...

MARG. Te decides
á salir de tu clausura?
Has roto al fin el propósito?...
Qué!... te ocurren nuevas dudas?...
qué nuevos celos te afligen?
qué nuevas sombras te asustan?

ELENA. Muy de ligero esta vez
de mi sentimiento juzgas;

muy mala ocasion eliges
para chanzas... para burlas.

MARG. Eso es, siempre lo mismo.
Sí, pónme la paz adusta,
llora...

ELENA. Mientras tú te ries.

MARG. Me rio de tus locuras.

ELENA. Que Fernando me olvidara
sin mótivo, sin escusa;
que marchitaran mi vida
las ingratitudes suyas,
lo he pensado muchas veces;
pero que mi hermana, injusta
se mofara de mis penas
no se me ha ocurrido nunca.

MARG. (*Con sentimiento.*)
Así!... porque no alimento
tu debilidad me acusas;
porque quiero disipar
los temores que te ofuscan,
porque quiero, en fin, que seas
dichosa como ninguna...
No merezco tan amarga
reconvencion.

ELENA. (*Abrazándola.*) Ah! disculpa
mi mal humor... no te ofendas
porque el pesar me preocupa,
porque tengo el corazon
reventando de amargura.

MARG. Tú te inventas los temores,
solo á tí misma te escuchas,
y serás muy desgraciada
si de conducta no mudas.

ELENA. Ya no puedo serlo mas;
ya Fernando no me oculta
su intencion.—Toma
(*Le entrega un papel.*)
y comprende...

MARG. Tu error.

ELENA. No, mi desventura.

MARG. (*Leyendo.*)
«Quiero que salgas hoy mismo

para Madrid... y si aun dudas
sabe que lo mando, y quiero
que lo que mando se cumpla.
Evítame, pues, inútiles
esplicaciones y escusas.»

ELENA. Ya vés...

MARG. (*Pensativa.*) Sí... mas no comprendo...
Me parece un poco dura
la manera... (Pobre hermana!
tal vez con razon presuma
que no la quiere.)

ELENA. Merezco,
Margarita, esa conducta!

MARG. Los hombres son á menudo
incomprensibles... y en suma,
tú debes obedecer...
qué mal en ello resulta?

ELENA. Si los lazos del cariño
que á dos corazones juntan
la ausencia rompe una vez,
dificílmente se anudan.

MARG. La erraste de medio á medio.
Si fueran tus congeturas
ciertas, si á Fernando al fin
tu cariño le importuna,
déjale... sí, no le pidas
ni esplicaciones ni escusas;
que cuando solo se vea,
solo, sin esa ternura
del amor con que le quieres
amor puro, qué perfuma
la vida; y no sienta que
tu voz responde á la suya;
cuando sus ojos no encuentren
otros que ansiosos le buscan,
y el calor de tus caricias
pierda, ah!... no tengas duda,
entonces falta le harán
tus recelos, tus angustias,
tus quejas, tu amor... entonces
comprendiendo al fin su culpa,
estimará en lo que vale

un alma como la tuya.
Con que á Madrid.

ELENA. Sí.

MARG. Y hoy mismo:
ya verás como él te busca.

ELENA. Dices bien: yo tambien quiero
que su voluntad se cumpla.

MARG. Voy á disponerlo todo
y nos vamos. (*Yéndose.*)

ELENA. Pero... escucha...

MARG. Que...

ELENA. Yo quisiera...

MARG. Qué quieres!

ELENA. Que tú... si no te disgusta...
te quedáras.

MARG. Y á qué santo!..

ELENA. Si puedo abrigar alguna
esperanza, si Dios quiere
que á mi amor se restituya,
quedándote tú me voy
mas tranquila... mas segura.
Tengo miedo de dejarle
tan solo... además se junta
que por ti sabré yo de él.

MARG. Me quedaré... Ahora oculta
el llanto... en dos horas todo
se dispone.

ELENA. Bien.

MARG. Procura
no verle.

ELENA. No temas nada. (*Dándola un beso.*)

MARG. Ten paciencia y disimula.
(*Se vá por el fondo.*)

ESCENA XII.

ELENA.

Amarle... y amarle tanto,
esa es toda mi culpa;
pero llegó la ocasion:

basta de quejas y súplicas,
si el dolor me arranca lágrimas
la indignacion las enjuga.

ESCENA XIII.

ELENA, FERNANDO *saliendo de la izquierda.*

ELENA. (El!) (*Yéndose hácia su aposento.*)
FERN. (Evita mi presencia.)
ELENA. (Huir!.. no! seré prudente.) (*Deteniéndose.*)
FERN. (*Adelántandose.*)
(Baja los ojos... sí, siente
el peso de la conciencia.)
Estraño ver que rehusas
mirarme en esta ocasion.
ELENA. Fernando, inútiles son
esplicaciones y escusas.
FERN. Quién esta vez te aconseja
que á todo tu amor consiente?
Cómo Elena tan prudente
que ni llora, ni se queja?
ELENA. Si atormentarme procura
tu lengua, el triunfo es completo;
pero merece respeto
Fernando, mi desventura.
FERN. Puede muy bien ser así,
harto la respeto... mas
tu desgracia, no dirás
que me la debes á mí.
ELENA. Es verdad... conmigo llevo
doble amargura, porque
mi desgracia, bien lo sé,
á mí misma me la debo.
FERN. Entonces...
ELENA. Se han comprendido
al fin nuestros corazones.
FERN. Luego me sobran razones!..
ELENA. Guárdalas, no te las pido.
FERN. No las quieres escuchar...

ELENA. No, no; no las quiero oir.
FERN. Porque te hicieran reir...
ELENA. Porque me hicieran llorar.
Yo sola soy la culpada
sí, yo sola...
(*Conteniendo á Fernando que hace ademan de interrumpirla.*)
no lo ignoro;
mas ni me quejo, ni lloro,
lo vés? estoy resignada.
FERN. Es que...
ELENA. Tu impaciencia herí...
comprendo lo que deseas,
y haré que pronto te veas
Fernando, libre de mí.
Escusas... vanos estremos,
bien inútiles son ya...
sabe Dios si esta será (*Yéndose.*)
la última vez que nos vemos.
(*Se entra precipitadamente en su aposento.*)

ESCENA XIV.

FERNANDO, SANTIAGO *por el fondo.*

FERN. No, satisfecho no estoy
con que ya en partir consientas...
(*Deteniéndose al ver á Santiago.*)
(*Santiago llega á una mesa y coloca en ella varios papeles que vendrá hojeando.*)
SANT. Cartas, recibos y cuentas.
FERN. Y bien.
SANT. Nada... que me voy.
FERN. Te vas!..
SANT. Si señor, no cedo.
FERN. Tú que de amarme blasonas,
hoy, tú tambien, me abandonas!..
SANT. Porque...
FERN. Te vas!
SANT. Yo... me quedo.
Mas es preciso que todo

me lo cuente sin reparo.

FERN. Otra vez!..

SANT. Pues está claro,
ese es el único modo.

FERN. Quieres?..

SANT. Porque debo ser.

FERN. Callarás?..

SANT. Sí, lo prometo.

FERN. Pues sabe que es un secreto
que tú no puedes saber.

(Se vá por la puerta de la izquierda y Santiago le sigue con la vista quedándose admirado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, ELENA *y* SANTIAGO. *Margarita se ocupa cerca de una mesa en colocar en una caja de carton, adornos, encajes, etc. Elena sentada en un sofá oculta la cabeza entre las manos. Santiago se pasea gravemente de un estremo á otro. Elena viste un traje de camino y habrá sobre las mesas sombrereras de señora, y un sombrero de viaje.*

SANT. (Pues señor... estoy en babia.)
MARG. (*A Elena.*) Estos adornos de encaje
van en la cajita azul,
en esta otra de los guantes.
Te coloco una tarjeta
de mi modista; ya sabes
que la Baronesa guarda
á pesar de sus achaques,
la costumbre—que por cierto
te será poco agradable—

de recibir en su casa
los sábados y los martes,
y yendo tú es natural
que la tia ha de dejarte
la dura carga de hacer
los honores, y aunque pasen
los que la honran por gentes
de confianza, no obstante,
necesitarás hacerte
media docena de trajes.

SANT. (*A Elena.*) Vá usted á marcharse sola!
Sola, sin que la acompañe... (*A Margarita.*)

MARG. Inés... su doncella.

SANT. Pero
solo Inés...

ELENA. Sí, y es bastante.

SANT. (Con que no he de saber yo
que es esto?)

MARG. Ah! (*A Santiago.*) El equipaje
se colocó?

SANT. Si señora;
y esperan que ustedes manden
enganchar.

MARG. (*Mirando al relój.*) Las tres y media
son... (*A Santiago.*) á las cuatro. La tarde
es larga y puedes llegar (*A Elena.*)
á Madrid con luz.

SANT. Y es fácil
que apretando á los caballos
puedan llegar poco antes
de oscurecer... Mas dejándolo
para mañana...

ELENA. No.

(*Margarita cogiendo el sombrero que está fuera de la sombrerera y colocándolo sobre otro mueble.*)

MARG. Aparte
este sombrero.

(*Santiago inclinándose sobre el respaldo del sofá que ocupa Elena y preguntándole con respeto.*)

SANT. Qué causa
tan repentino viaje?

ELENA. Ay Santiago!...

(*Margarita abriendo una sombrerera y volviendo á cerrarla.*)

MARG. (Está bien.)

ELENA. La causa...

SANT. Sí.

FERN. Dios la sabe!

SANT. (Quedo enterado.) (*Alzándose pensativo.*)

MARG. Ya todo
está listo.

SANT. (Y es un lance
que yo no sepa...) Y usted (*A Margarita.*)
se queda?

MARG. Pues.

SANT. (Adelante.)
(*Acercándose á Margarita.*)
Diga usted,.. y qué razones
tan poderosas la hacen
dejar así de repente
la quinta?

MARG. Las tiene grandes;
razones serias, muy serias.

SANT. No se puede saber cuáles?

MARG. Si señor; corre mal viento
y quiere mudar de aires.

SANT. (Yo tiraré de la manta.)
(*Adelantándose á Elena.*)
Señora... no hay quien me saque
de aquí... (*Señalándose la frente.*)
porque lo estoy viendo,
porque... aunque yo no alcance
la razon... hablemos claros,
aquí sucede algo grave.

ELENA. Sucede...

MARG. (*Interrumpiendo.*) Nada sucede.

SANT. Ya... déjela usted que hable.
(*Brevísima pausa.*)
Nada!... pues qué yo no veo?
no estan claras las señales...
á mi edad, á mi esperiencia,
imposible es que me engañe.
No he visto yo en esos ojos (*A Elena.*)
las lágrimas?... Usted sale

hoy de la quinta... mas es
á su pesar... No hay que darle
vueltas... qué es esto que pasa?
pueden acaso ocultarme
que usted llora y D. Fernando
está que no hay quien le aguante?

ELENA. Son disgustos...

SANT. Que yo debo
saber.

MARG. Por qué!

SANT. (*A Margarita con emocion.*) Porque hace
un año que son dichosos
solamente con amarse;
porque su dicha, señora,
rejuvenece mi sangre;
porque diera sin pensarlo
mi vida, por evitarles
un pesar; porque... los quiero
mas que si fuera su padre,
y este viaje... Señora,
no me gusta este viaje.

MARG. Pues bien, no forme usted cálculos
ni castillos en el aire;
Fernando asi lo ha dispuesto,
la razon él se la sabe.

ELENA. Y á mí para obedecerle
(*Se levanta en direccion á su cuarto.*)
me basta con que él lo mande.
El corazon de los hombres
es un abismo insondable!

SANT. Eso ya cambia de aspecto;
yo no creí... mas no obstante,
verá usted como yo hago
que este misterio se aclare;
tengo derecho, y es fuerza...

ELENA. Derechos no tiene nadie.
Si me trata con dureza,
si ha dejado, al fin, de amarme,
yo me resigno... y ninguno
tiene derecho á acusarle.

(*Se entra por la primera puerta derecha.*)

ESCENA II.

SANTIAGO, MARGARITA.

MARG. A usted le ciega el cariño.
SANT. Ya se vé, no ha de cegarme?
MARG. Y en esta ocasion será
muy conveniente que calle.
SANT. Si puedo... me callaré;
mas...
MARG. Qué.
SANT. No será probable
que pueda.
MARG. Pues Santiago,
no olvide usted ni un instante
que en cosas de matrimonios
es peligroso mezclarse.
SANT. Es que tengo yo una idea
aquí... que no hay quien me arranque...
Sí!... maravilla será...
MARG. Qué!
SANT. Nada, que ese danzante
de D. Miguel no ande en esto.
MARG. Pues bueno, ande ó no ande,
á usted le toca callar.
(*Se vuelve á la mesa y junta las dos cajas que dejó.*)
SANT. Bien. (Se me enciende la sangre.)
(*Deteniéndose delante de la puerta izquierda.*)
Allí vienen los dos. (*Se retira al fondo.*)

ESCENA III.

MARGARITA, FERNANDO, MIGUEL, SANTIAGO.

MIGUEL. (*Al salir.*) Vamos,
hoy estás insoportable.
FERN. Te empeñas... bien.
MIGUEL. Tu cuñada
que decida, que aunque es parte
interesada...

MARG. Qué ocurre
que mi decision reclame?
FERN. Nada en suma.
MIGUEL. Pues, no es nada!
figúrese usted que antes
—hace dos años—gozaba
el humor mas envidiable;
franco, decidor, risueño;
y me asombra hoy encontrarle
tan cabizbajo, tan triste,
tan taciturno, tan grave;
no le conozco, y! está
tan trasformado, y me hace
creer...
FERN. Nada... que he perdido...
un poco de mi carácter.
MIGUEL. Un mucho. (*Á Margarita.*) Tengo razon?
MARG. No hay tanta para admirarse:
que aunque es aqui el cielo puro,
rico el suelo en flor y en árboles,
hay dias que por desgracia
suelen correr malos aires,
y los nervios...
FERN. Vé si esa
razon no te satisface.
MIGUEL. Completamente.
(*Mirando los preparativos de viaje.*)
FERN. (Parece
que precipita el viaje.)
MIGUEL. Qué diferencia! Usted es
muchísimo mas amable. (*Acercándose á ella.*)
MARG. Segun el viento que corra.
MIGUEL. Ya lo sé. (*Quedan hablando.*)
(*Santiago acercándose á Fernando por la espalda.*)
SANT. Tengo que hablarle.
FERN. Otra vez!
SANT. Otra.
FERN. (Paciencia!)
MARG. Es inútil que se canse. (*Á Miguel.*)
FERN. Huiré de tí si es preciso (*A Santiago.*)
SANT. Le seguiré á todas partes. (*A Fernando.*)
FERN. Déjame en paz, no te oigo.

(*Yéndose á la puerta de la izquierda.*)

SANT. (Pues no desisto.) (*Siguiéndole.*)

(*Fernando se entra precipitadamente al ver que Santiago le sigue y cierra la puerta al mismo tiempo que llega Santiago á ella de modo que se encuentra detenido.*)

ESCENA IV.

MIGUEL, MARGARITA, SANTIAGO.

MIGUEL. (*Riendo de Santiago.*) Admirable!
(*Santiago se vuelve hácia ellos.*)
MARG. Quién cerró la puerta? (*Riendo tambien.*)
SANT. (*Con sosiego.*) El viento.
MIGUEL. Pues!... un soplo de mal aire.
SANT. Si un soplo cierra las puertas
viene otro soplo y las abre.
(*Se vá gravemente por el fondo.*)

ESCENA V.

MIGUEL, MARGARITA.

MIGUEL. Dice bien. (*Riendo.*)
MARG. Dice muy bien.
MIGUEL. Vea usted, él tambien confia...
MARG. Sigue usted con su manía?
MIGUEL. Sigue usted con su desden?
Tan estraña obstinacion!...
MARG. Me defiendo.
MIGUEL. Pero vamos,
puesto que los dos jugamos
corazon por corazon,
mejor es formalizar
otro convenio mas cuerdo:
pierda usted... y tambien pierdo.
MARG. No, si yo quiero ganar.
MIGUEL. Aunque tan resuelta hable
lo que es yo no he de ceder.
MARG. De modo que esto vá á ser

un negocio interminable.

MIGUEL. O no; yo pago tributo
á la esperiencia, y confio
en que rendir su alvedrío
será cosa de un minuto.
De ese momento, señora,
que sentimos de repente,
cuyo dominio se siente
y cuyo orígen se ignora.
De ese supremo momento
en que dos que bien se miran
comprenden que ambos suspiran
bajo un mismo sentimiento;
porque en la luz que derraman
sus propios ojos se encienden...
momento en que se comprenden,
y al comprenderse se aman.

MARG. (*Con sonrisa burlona.*)
Pinta usted, á lo que infiero,
con demasiado interés.

MIGUEL. Porque ese momento es
precisamente el que espero.

MARG. (Mucho en vencerme se afana.)

MARG. (Pues señor, aun está verde.)
(*Volviéndose á Margarita.*)
Confiéseme usted que pierde.

MARG. Comprenda usted que no gana.

MIGUEL. (Fortaleza singular
estraña en una mujer!)
Se obstina... qué puedo hacer?
tendré que capitular.

MARG. Y abrigando ese recelo,
sabio á mi ver y prudente,
debe usted por consiguiente
devolverme mi pañuelo.

MIGUEL. Si á sus palabras me ciño
la razon es poderosa;
pero á esta prenda dichosa
(*Poniendo la mano sobre el bolsillo del pecho en el cual se guardó el pañuelo.*)
le he cobrado ya un cariño!...
que á perderlo me parece...

MARG. Tiene usted sobrado empeño;
vuélvala usted á su dueño.
MIGUEL. Es que yo sigo en mis trece.
Devolverla ya!.. por qué?
MARG. Pues no está usted confesando...
MIGUEL. Vamos, señora, jugando.
MARG. (Cómo se lo sacaré?)
Es que... (le voy á engañar.)
Aunque demasiado ciego
le aliente á seguir el juego
la esperanza de ganar,
no ha observado que hay aquí
otra razon bien distinta
y es, que abandono hoy la quinta...
MIGUEL. Hoy!
MARG. Hoy.
MIGUEL. Esta tarde!...
MARG. Sí.
Dentro de pocos instantes.
Todo está listo.

(*Haciéndole notar las cajas y sombrereras que estarán aun á la vista.*)

MIGUEL. (*Receloso.*) Es verdad?
MARG. Hablo con formalidad.
MIGUEL. (A haberlo sabido antes...)
MARG. Me cansa el campo y he dicho
á Madrid me vuelvo.
MIGUEL. Pero
irse así, tan de ligero...
MARG. Yo obro siempre por capricho.
Con que...
MIGUEL. Señora... perdí.
MARG. Pero es preciso que entienda
que necesito esa prenda...
MIGUEL. (Me venció.)
MARG. Con que...
MIGUEL. (*Pensativo.*) Sí, sí...
Mas ya que como usted vé
confieso al fin que he perdido;
si el juego hubiera seguido
perdiera yo?
MARG. No lo sé.

MIGUEL. Luego el consuelo me cabe
de que pudiera ganar?
MARG. Dando en jugar y en jugar
le digo á usted que quien sabe.
MIGUEL. Quiero apurar su desden.
MARG. Venga mi pañuelo.
MIGUEL. No...
MARG. Es que yo me marcho,
MIGUEL. Y yo.
MARG. Ahora mismo.
MIGUEL. Y yo tambien.
Pronto me mudo de traje.
MARG. Advierta usted...
MIGUEL. Me resisto.
MARG. Es una locura...
MIGUEL. Insisto.
MARG. Con qué!...
(*Miguel yéndose á la puerta de la izquierda.*)
MIGUEL. Estamos de viaje.
(No es vencerla un imposible.)
MARG. (Lo será capaz de hacer.)
MIGUEL. (Qué deliciosa mujer!) (*Entrándose.*)
MARG. (Este hombre es invencible.)

ESCENA VI.

MARGARITA.

Qué audacia!... qué obstinacion!
es un hombre singular...
vamos, empiezo á pensar
que me gana el corazon.
Cuando descubra mi engaño
qué imaginará de mí?
Ah! todavía esto aquí!
(*Reparando en las sombrereras y cajas.*)
Se me olvidó... no es estraño.
(*Tira del cordon de la campanilla.*)

ESCENA VII.

MARGARITA, FERNANDO.

FERN. Al fin se marcha...
MARG. Pues no!
ahora mismo. Irán con ella
un criado y su doncella.
FERN. No la acompañas tú?
MARG. Yo
pienso quedarme unos dias.
FERN. Bien.
(*Margarita volviendo á tirar del cordon.*)
MARG. Pero llamé, y apuesto...
(*Fernando paseándose pensativo.*)
FERN. (Bien... bien...)
(*Un criado en el fondo.*)
MARG. Que coloquen esto...
(*Al criado señalándole las cajas y sombrereras: las coje todas y Margarita le dá órdenes en voz baja.*)
FERN. (Corazon, de quien te fias!...)
MARG. (*Al criado.*) Y que enganchen, que ya es hora.
(*El criado se vá por el fondo izquierda y Margarita por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

FERNANDO.

Cómo descubrirse pueden
las cosas! Cómo suceden!
Cuánto marido que ignora!
cuanto corazon que engaña!
Ellos se vieron... se amaron...
luego... al fin se separaron:
ni me admira ni me estraña.
Elena deja á Vitoria...
si uno supiera su estrella!...
En fin, me casé con ella,

y aquí está toda la historia.
Mas hoy por casualidad
se encuentran aquí, se ven...
y quien lo pensara, quien!...
Esta es toda la verdad.
Mas el marido que acecha
lo que al pronto creyó un cuento,
levantó en su pensamiento
una sombra de sospecha
y vió... lo que pudo ver...
pero prudencia y sosiego;
ahora Elena á Madrid... luego
ya sé lo que debo hacer.
Veremos...

(*Se dirije á la puerta de la izquierda al mismo tiempo que Miguel sale por ella con el traje de camino con que llegó á la quinta.*)

ESCENA IX.

MIGUEL, FERNANDO.

MIGUEL. Ah!... te buscaba.
FERN. Qué ocurre?... No sé que noto
en tí...
MIGUEL. Sí, el traje.
FERN. Cierto!
MIGUEL. Pues... voy á dejarte.
FERN. Cómo!
MIGUEL. Ahí verás.
FERN. Irte!
MIGUEL. (Que escusa
le daré...)
FERN. Irte tan pronto!...
cuando creí...
MIGUEL. Sí, me llaman
á Madrid ciertos negocios.
FERN. Tan graves son que te obligan
así... de repente... Ignoro
si has podido recibir
algun aviso... tampoco

sé si el asunto merece
tanta urgencia...

MIGUEL. No son... otros...
que... negocios de familia,
de esos que tenemos todos.

FERN. Sí, de esos imprescindibles
asuntos graves, honrosos,
cosas íntimas, sagradas...

MIGUEL. Justamente.

FERN. Lo conozco.

MIGUEL. Ya se vé, con el afan
de darte un abrazo, tomo
el camino y se me olvida...

FERN. Es fácil.

MIGUEL. Mas de qué modo!...
Y esta noche debo estar
en Madrid.

FERN. Yo te perdono
que me abandones, respeto
el motivo y me conformo.

MIGUEL. Ya volveré por aquí.

FERN. (*Sentándose.*) (Quiero apurar hasta el fondo!)
(*Miguel tirando del cordon de la campanilla.*)

MIGUEL. Pero me has de prometer...

FERN. Qué!

MIGUEL. No estar tan meláncolico.

FERN. Te lo prometo.
(*Un criado aparece en el fondo.*)

MIGUEL. (*Al criado.*) Que ensillen
mi caballo.
(*Se vá el criado por el foro izquierda.*)

FERN. (Esto es el colmo
de la perfidia!)

MIGUEL. (*Mirando por el fondo.*) (Ah!... ella
aun no ha marchado, le cojo
la delantera (*Volviéndose.*) El pañuelo!...
aquí está.
(*Poniendo la mano sobre el bolsillo del pecho.*)
Yo pienso y obro.
Mis guantes... (*Registrándose.*) los olvidaba..
(*Entrando en su cuarto.*)
(Viuda, me volverás loco.)

ESCENA X.

FERNANDO.

Estan de acuerdo! Muy bien.
Tiempo es de obrar... poco á poco,
porque ahora mas necesito...
sí... serenidad y aplomo.
(*Dirigiendo la accion al cuarto de Miguel.*)
Asi la amistad se vende!...
(*Id. al de Elena.*)
Así se guarda el depósito
de mi nombre y mi cariño!
puede mentir tanto el rostro!...
y yo insensato, insensato,
que me miraba en sus ojos!
Así se pierde en un dia
felicidad, honra... todo!

ESCENA XI.

FERNANDO, ELENA.

ELENA. (*Sin reparar en su marido.*)
(No me avisan y ya es hora.)
(*Se dirige al cordon de la campanilla y al cogerlo dice.*)
FERN. Tanta impaciencia...
ELENA. (*Sorprendida y reponiéndose.*) Conozco
que tú lo deseas...
FERN. Mucho
me complace ver que logro
que resignada y humilde
cumplas lo que yo dispongo.
ELENA. Por esa misma razon
no debe causarte asombro,
que prestarte mi obediencia
venga á ser cuanto ambiciono.
FERN. Y la razon ó la causa

porque esta medida tomo
no la inventa tu cariño?
no despierta tu amor propio?
tu interés no la supone?
no te mueve ni un asomo
de sospecha... ni aun escita
tu curiosidad tampoco?

ELENA. Tú lo mandas, yo obedezco;
ni me quejo ni lo estorbo:
la razon no la pregunto,
ni la sé, ni la supongo.

FERN. Si tan prudente te veo,
mi tranquilidad recobro.

ELENA. Tu tranquilidad, Fernando,
no se altera por tan poco.

FERN. Aprendo de tí, pues sé
que en la paz del matrimonio
dos que bien se estiman deben
aprender uno de otro.

ELENA. Dices bien: desde ahora mismo
tan sabio principio adopto,
y de hoy mas puede servir
de razon entre nosotros.

FERN. (Su misma calma la vende.)

ELENA. (Dios mio! se lo perdono!)

FERN. Confieso que al verte así...
tan tranquila, soy dichoso.

ELENA. Resulta que en este instante
los dos, Fernando, lo somos.
Pero tardan...
(*Volviéndose hácia el fondo.*)

FERN. (Qué impaciencia!)

ELENA. (Yo no puedo mas...
(*Yéndose hácia el fondo.*)
me ahogo!)

FERN. Espera... espera.

(*Elena se vuelve recobrando su aparente serenidad. Los dos quedan en medio de la escena.*)

Imagino
que, aunque es el viaje corto,
como tu hermana ha dispuesto
quedarse... pensando en todo,

si te dejo marchar sola
me culparás de abandono.

ELENA. Y tú acompañarme quieres?
te dispenso... pues conozco
que aunque no es largo el viaje
debe ser para ti incómodo.

FERN. No adelantes tanto el juicio...
no era eso... me propongo
que te acompañe...

ELENA. Quién!

(*Miguel aparece en la puerta de la izquierda distraido en calzarse un guante y sin reparar en nadie.*)

ESCENA XII.

ELENA, FERNANDO, MIGUEL.

FERN. (*Señalándole á Miguel.*)
Mira.

MIGUEL. (Maldito guante! se ha roto.)
(*Reparando en Fernando y Elena.*)
Oh!

ELENA. (Su amigo!)
(*Volviendo al proscenio y sentándose en un sofá.*)

FERN. (Que ha de hacer...)
Miguel, en este momento
á mi mujer te presento.

MIGUEL. (Es hermosa su mujer.)
(*Inclinándose.*) Al fin logro...

FERN. (*A Elena.*) Me parece
que bastará si te digo
que él es mi mejor amigo.

ELENA. Si tu estimacion merece...

MIGUEL. Ofrezco á usted mi amistad,
y si usted la acepta...

ELENA. Es claro,
la acepto.

FERN. (El, qué descaro!
y ella, qué serenidad!)

MIGUEL. Y á fé que en el alma siento
dejar esta quinta ahora...

ELENA. Se marcha usted...
MIGUEL. Si señora.
FERN. No tengas tal sentimiento.
MIGUEL. Por qué razon?
FERN. Claro está;
ya sabes que las mujeres
son caprichosas... qué quieres!
mi mujer tambien se vá.
MIGUEL. A Madrid tal vez?...
ELENA. Fernando
lo quiere así.
FERN. (*A Miguel.*) Ya te he dicho
que ha tenido ese capricho
hoy.
ELENA. (Me está martirizando.)
MIGUEL. Capricho?
FERN. Sí, no lo estrañes;
quién no los tiene... ademas,
como tú tambien te vás,
te ruego que la acompañes.
MIGUEL. Con sumo placer te escucho
(irá la hermana.)
FERN. (Paciencia!)
ELENA. (Desden á su indiferencia.)
Yo tambien me alegro mucho. (*A Miguel.*)
(*Miguel sentándose al lado de Elena.*)
MIGUEL. Si le hago á usted soportable
el camino cual deseo...
ELENA. Si lo hará usted... yo lo creo.
MIGUEL. Sí...
ELENA. Es usted tan amable!
MIGUEL. Entonces soy... (*Siguen hablando bajo.*)
FERN. (Qué sosiego!)
ELENA. Con mucho gusto. (*Continúan.*)
FERN. (Han creido
como todos, que un marido
ha de ser por fuerza ciego.)
(*Se acerca y colocándose de bruces sobre la espalda del sofá queda en medio de entrambos.*)
Al ver la facilidad
con que noto que os tratais,
me parece que anudais

de nuevo antigua amistad.
Antes nunca os habeis visto?

MIGUEL. No.

FERN. Vamos...

MIGUEL. Creo que no...

FERN. Y tú, no recuerdas?

ELENA. Yo...
no recuerdo...

FERN. Pues insisto;
que si quereis recorrer
con paciencia la memoria...
Dos años hace, en Vitoria...

MIGUEL. No á fé.

ELENA. No.

FERN. Bien puede ser.
(Flaca memoria por Dios.)

MIGUEL. En Vitoria... poco á poco...
(*Mirando atentamente á Elena.*)
Ca! no... no.

ELENA. Ni yo tampoco...

FERN. (Bien disimulan los dos.)

MIGUEL. Estaba usted en Vitoria
dos años há...

ELENA. Sí.

MIGUEL. Tambien
yo.

ELENA. Mas no recuerdo bien...

MIGUEL. Yo tampoco hago memoria.

FERN. Que no os conozcais me admira.
Visitó á la Baronesa.
(*A Elena señalándole á Miguel.*)

ELENA. A mi tia!

MIGUEL. (Qué sorpresa!)
Yo no... (maldita mentira!)

FERN. Si no os llegasteis á ver,
bien... no os habreis conocido:
mas Elena si ha debido
sin remedio conocer...

ELENA. A quién?

FERN. A cierta hermosura
sensible, pura, ideal,
en lo hermosa sin rival

y sin rival en ternura.
Ella debió ser tu amiga,
y era... sí, segun Miguel,
un sueño de Rafael.

ELENA. Su nombre...

FERN. Que te lo diga;
fué... ya comprendes, su amor.

ELENA. Se llamaba...

MIGUEL. Qué!... señora...

FERN. Dilo.

MIGUEL. (Que recuerdo ahora...
se ha puesto de buen humor.)

FERN. A mí me lo dijo todo,
su nombre, no.

ELENA. Puede ser
que yo no deba saber...

MIGUEL. Señora, de ningun modo...
si fué una invencion... un cuento.

FERN. Que tiene, sino lo sabes...

MIGUEL. Qué?

FERN. Consecuencias muy graves.

ELENA. (No sé que noto en su acento!)

FERN. Mas yo te lo contaré. (*A Elena.*)
Ella y él...

MIGUEL. Pero Fernando...

FERN. Espera... que estoy yo hablando.
(*A Miguel.*)

MIGUEL. (Se ha vuelto loco.)

FERN. Oyeme. (*A Elena.*)
El y ella, en Vitoria, allí
se vieron... que te lo diga;
pero... debió ser tu amiga...
se parece tanto á tí.
Se amaron...

MIGUEL. Fernando, estás...

FERN. Digo, Elena, que se amaron
mucho... mas... se separaron...

MIGUEL. Y se acabó...

FERN. Aun hay mas.

ELENA. (Hay cólera en su mirada!)

FERN. A los dos años se ven,
recuerdan... se aman tambien...

aunque ella estaba casada.
El amor nunca es vencido;
se ven, sus ansias despiertan,
y uno y otro se conciertan
para engañar al marido.
Y el marido que un recelo
tiene, sorprende una intriga,
no sé bien... que te lo diga...
en ella juega un pañuelo.
Y dispone, claro está,
separarlo, cuando vé
que al marcharse ella...

MIGUEL. Qué!

FERN. Nada, que él tambien se vá.
Entonces... ira de Dios!
rompe á su enojo los lazos,
y qué hace, cruza los brazos
y se pone entre los dos.

MIGUEL. Sí, sí, ya lo he comprendido.
(*Levantándose.*)

ELENA. Yo no acierto á comprender... (*Id.*)

FERN. No! pues tú eres la mujer,
tú el traidor (*A Miguel.*) y yo el marido.

MIGUEL. Es un error espantoso
Fernando.

FERN. Es la verdad.

ELENA. Tiemblo ver con claridad.
(Hay aquí algo horroroso.)

MIGUEL. Pero... Fernando, no vés...

ELENA. Tengo una nube delante.

FERN. Mas bajo, mas; no es bastante
que lo sepamos los tres?

(*Corre al fondo, mira á derecha é izquierda y cierra la puerta. Entre tanto dicen.*)

ELENA. (*A Miguel.*) De mí sospecha!

MIGUEL. Es locura,
mas sospecha...

ELENA. Ya veo, sí,
que ha traido usted aquí,
infeliz, la desventura.

MIGUEL. Tal vez! (*Queda pensativo.*)

(*Elena corriendo á encontrarse con Fernando que*

vuelve del fondo dejando la puerta cerrada, teniéndole los brazos.)

ELENA. Pero tú...

FERN. (*Apartándola.*) Imposible!
Aun tan ciego me imaginas.

(*Aparece Margarita en la puerta de su cuarto.*)

ELENA. (*Con desesperacion.*)
Ay Fernando! me asesinas
con esa sospecha horrible!
Te amaba tanto...

FERN. Es verdad. (*Con amargura.*)

ESCENA XIII.

ELENA, FERNANDO, MARGARITA, MIGUEL.

MARG. Qué es esto, Fernando?

FERN. (*Adelantándose al proscenio.*) Nada.

(*Elena arrojándose en los brazos de su hermana.*)

ELENA. Que nací muy desgraciada!...

(*Margarita sosteniendo á su hermana.*)

MARG. Pero que fatalidad...

(*Hablan las dos hermanas.*)

FERN. Ahora nosotros...

MIGUEL. No hay modo
de que veas...

FERN. Mi recelo
fué justo... Y ese pañuelo...

MIGUEL. Sí... (*Sacando el de Margarita.*)

(*Margarita que ha permanecido con su hermana.*)

(Ya lo comprendo todo.)

(*Viniendo al lado de Fernando.*)

MIGUEL. Toma! y aprende á juzgar

(*Dándole el pañuelo.*)

y calma ese desvario.

FERN. (*Registrando el pañuelo.*)
Esta marca!... de quién es!

(*Margarita llegando á su lado y quitándole el pañuelo le dice con desdeñosa cólera.*)

MARG. Mio!
no lo pudiste pensar!

FERN. Cómo! y entonces á que
irte tú...
MIGUEL. Que te lo diga.
(*Señalando á Margarita.*)
MARG. Era un juego... era una intriga
en la cual yo le engañé.
Es, por sino te se alcanza,
que no has sabido estimar
su amor... y es... que empieza á dar
frutos tu desconfianza.
MIGUEL. Fué mi fatal invencion,
mi cuento fatal... no sé
porque creiste...
FERN. Porque...
me llegaba al corazon.
Pero... esplicadme... os lo ruego...
cómo... Elena... resignada...
(*Margarita y Miguel intentan hablar.*)
No, no! no esplicadme nada...
era que yo estaba ciego.
Elena!

(*Dirigiéndose á ella que hace un ademan deteniéndole. Al mismo tiempo se abre la puerta del fondo y aparece Santiago.*)

ESCENA ULTIMA.

ELENA, MARGARITA, FERNANDO, MIGUEL, SANTIAGO.

SANT. Ya espera el coche.
FERN. Que se retire.
ELENA. Que espere.
FERN. Cómo!...
MIGUEL. (Qué intenta!)
MARG. (Qué quiere!)
ELENA. Duermo en Madrid esta noche.
FERN. Perdóname esta locura...
Tanta circunstancia unida...
ELENA. La sospecha es una herida
Fernando, que no se cura.
Pudiste desconfiar

una vez... sospecha vana,
lo conoces... y mañana
volverás á sospechar.
Y aunque esto no llegue á ver
siempre creeré que me acechas,
sospecharé... que sospechas,
pensaré... no puede ser!
Es imposible, Fernando.
Me iré.

FERN. Te sobra razon;
pero al menos tu perdon...

ELENA. (Mi perdon! y estoy llorando!)

MARG. Le abandonas de ese modo!

(*Santiago á Miguel á cuyo lado habrá ido á colocarse.*)

Aun no entiendo nada de esto;
pero, D. Miguel, apuesto
que es usted causa de todo.

ELENA. Vamos.

MARG. Si tan decidida
estás...

FERN. (*A Elena.*) Si alcanzar pudiera...

MARG. Vamos. (*A Elena.*)

ELENA. Margarita, espera...
(*Adelantándose indecisa al proscenio.*)
algo... algo se me olvida.

(*Fernando adelantándose á Elena y abriéndole los brazos.*)

FERN. Tan poco para tí valgo!

ELENA. Ah!... Fernando!
(*Arrojándose en sus brazos.*)

FERN. (*Estrechándola.*) Esposa mia!

MARG. Al fin... (*A Elena.*)

ELENA. Sí, no te decia
que se me olvidaba algo!

(*Santiago enjugándose las lágrimas.*)

SANT. Respiro... gracias á Dios!...

MIGUEL. (Y yo he podido turbar
su dicha... me ahoga el pesar!)

(*Margarita desuniendo á Fernando y á Elena que continúan abrazados.*)

MARG. Basta, y aprendan los dos.

MIGUEL. Mintió mi lengua imprudente,
pero llego á conocer
el daño que puede hacer
una mentira inocente,

(*Fernando quiere interrumpirle y Miguel le coje la mano.*)

Será en mi memoria eterno.
A Dios! (*Soltándosela.*)

FERN. Te vas!...

MIGUEL. Me voy, sí,
á Madrid. (*A Margarita con intencion.*)

SANT. Lo aplaudo.

MARG. Allí...
nos veremos este invierno.

FERN. (*Volviendo á Elena.*)
Dudé de tí necio y loco!...

ELENA. Quien manda en el corazon...
(*Acariciándole.*)

FERN. No olvidaré esta leccion.

ELENA. Ni yo.

MARG. Bien.

(*Santiago hace un movimiento, fija la atencion y despues de vacilar un momento.*)

SANT. Ni yo tampoco.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Madrid 24 de noviembre de 1852.

DIAZ.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Mateo y Matea. (*Zarzuela*).
Mentira inocente. (Una)

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
Noche en blanco. (Una)

Para heridas las de honor.
Paje y un caballero. (Un)
San Isidro, (*Patron de Madrid.*)
Secreto de la reina. (El) *Zarzuela.*
Suplicio de Tántalo. (El)
Su imágen. (a)
Trabajar por cuenta agena.
Traidor, inconfeso y martir.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Una falta.

Verdad en el espejo. (La)

EN ADMINISTRACION.

Flor de un dia. (*primera parte.*)
Espinas de una flor. (*segunda parte*).

Baron. (El)
Comedia nueva ó el Café. (La)
Escuela de los maridos. (La)
Hamlet.
Mogigata. (La)
Médico á palos (El)
Sí de las niñas. (El)
Viejo y la Niña (El)

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle de Esparteros, núm. 3, cto. 3.º

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librerias de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gomez.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cadiz.	Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Gallegos.
Coruña.	
Cartagena.	Moreno.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija	Gimenez.
Figueras.	Plá.
Gerona.	Viuda de Grases.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Valero.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano
Málaga.	Moya.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Adrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Gomez Pardo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferrer.
Oviedo.	C. Fernandez.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	García.
Palma del Rio.	Camero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa María.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Gonzalez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Hidalgo.
Salamanca.	Torres.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. Gonzalez.
Talavera.	Bidarte.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Bassó.
Vitoria.	Echavarría.
Villanueva y Geltrú	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Viuda de Heredia